

BOLETÍN DE HISTORIA

Directora: Adriana Rodríguez

Año 29, N° 57

1° Semestre 2011

ÍNDICE

<i>Los orígenes inesperados del desarrollismo argentino</i> Ángel Cerra - Susana Yazbek	3
<i>“Nada nos separa, todo nos une”. Roque Sáenz Peña y la integración hispanoamericana en torno al Centenario desde el Bicentenario</i> Rodrigo H. González Natale	23
<i>El liberalismo historiográfico argentino teorizado por los intelectuales de la “Academia de Filosofía y Letras”, 1890-1920</i> Adriana Eberle	33

Boletín de Historia

Directora: Adriana Rodríguez

Comité Académico

Fernando Barba. Universidad de La Plata - Argentina

José Girón Garrote. Universidad de Oviedo - España

Consuelo Naranjo Orovio. CSIC Madrid - España

Gustavo Guevara. Universidad Nacional de Rosario - Argentina

Mario Alberto Nájera. Universidad de Guadalajara - España

Paula Ortíz. Universidad de La Habana - Cuba

Pedro Pablo Rodríguez. Centro de Estudios Martianos - Cuba

Maurizio Vernassa. Universidad de Pisa - Italia

NOTA: A las Instituciones que reciben este Boletín se les sugiere el envío de noticias que pudieran corresponder a los intereses de esta área de FEPAI. Del mismo modo recibiremos libros para comentar, discusiones de tesis, designaciones de becas, etc.

Copyright by EDICIONES FEPAI- M.T. de Alvear 1640, 1º piso E, Buenos Aires (e.mail: fundacionfepai@yahoo.com.ar)- Argentina. Queda hecho el depósito de Ley 11.723. Se permite la reproducción total o parcial del contenido de este Boletín, siempre que se mencione la fuente y se nos remita un ejemplar

ISSN 0326-3339

Los orígenes inesperados del desarrollismo argentino

*Ángel Cerra
Susana Yazbek
UBA, Buenos Aires*

Introducción

Es un lugar común, frecuentado por sociólogos, economistas e historiadores, ubicar al desarrollismo argentino dentro del contexto irradiador de la CEPAL y de las teorías del desarrollo en boga a finales de la década de 1950. En esta línea, la elaboración de la teoría económico-social de Rogelio Frigerio y su grupo, sería el reflejo más o menos mecánico de influencias de su época. En otras versiones -aún más simplistas- el desarrollismo es el resultado de una tendencia general de la economía en Latinoamérica, y por lo tanto un correlato supraestructural de las necesidades de expansión de las multinacionales. Este artículo se propone examinar explicaciones alternativas a las mencionadas. La hipótesis inicial es que el frigerismo es el resultado de la articulación original de distintas corrientes: la del PCUS en la versión del Partido Comunista Argentino, la influencia de Friederich List y su variante vernácula, Alejandro Bunge y Ernesto Quesada, entre otros.

Más allá de la férrea negativa de Frigerio a considerarse marcado por la influencia de Raúl Prebisch¹, es necesario señalar diferencias significativas entre ambos enfoques: en primer lugar, la escuela de la CEPAL no otorgaba prioridad a la industria pesada como motor del desarrollo -tema principal del desarrollismo-e

¹ La animadversión entre Frigerio y Prebisch puede relacionarse más con circunstancias políticas que ideológicas. Prebisch había regresado al país después de la caída de Perón y fue encomendado por la “Revolución Libertadora” para la elaboración de un plan económico, conocido como Plan Prebisch. Más que a los postulados del Plan, Frigerio se opone a la figura de Prebisch por su rol de intelectual al servicio de la fracción más gorila del gobierno iniciado en 1955. Son los años de la Revista *Qué*, donde se estructura su visión de integración al peronismo. En ese contexto, Frigerio se vincula a Arturo Jauretche y a Raúl Scalabrini Ortiz, juntos denostarán a Prebisch por su papel como funcionario durante la “Década Infame”.

insistía en la tecnificación del agro para aumentar las exportaciones. Para el frigerismo -y esta es una influencia listiana- la modernización del campo sería el resultado inevitable del crecimiento industrial impulsado y dirigido por el Estado con el concurso de los capitales privados nacionales y extranjeros.

Ya se ha impugnado en otro trabajo², la imposibilidad cronológica de la influencia de los principales teóricos del desarrollo (Gunnar Myrdal, Ragmar Nurske y Albert Hirschman) sobre Rogelio Frigerio. Las primeras ediciones de sus obras son posteriores a la consolidación de las ideas del desarrollismo argentino. Además, desde una perspectiva más interesante, existen diferencias notables entre las concepciones de los autores citados y el ideólogo de Frondizi: Myrdal y Nurske pregonan un gradualismo en la acumulación que es completamente extraño en Frigerio, mientras que Hirschman concede al rol creador del empresariado privado -de impronta schumpeteriana- un papel transformador que horroriza al fundador de la revista *Qué*. Para Frigerio, el capital privado debe actuar bajo el control de las autoridades nacionales, cumpliendo un papel de contratista eficiente, en los sectores productivos y en las regiones que la Nación requiera.

Finalmente, el relato que coloca al desarrollismo como resultado de la acción de la infraestructura económica mediante la difusión de las formas oligopólicas expansivas de las multinacionales estadounidenses y europeas, padece del reduccionismo propio del marxismo vulgar y de la versión más simple de la Teoría de la Dependencia. El desprecio hacia las ideas como factor explicativo del cambio social o como resultado necesario de la infraestructura solo contribuye a: 1) Limitar las posibilidades de acción, ya que el ser humano sería el protagonista de una tragedia cuyo argumento lo brinda la base material o las relaciones sociales de producción. 2) Impedir -como una derivación del enunciado anterior- cualquier tipo de estrategia de liberación para América Latina. Ante la poderosa y necesaria presencia del imperialismo, la dependencia es un fenómeno inexorable.

² A. Cerra, “Las raíces ideológicas del desarrollismo argentino: la originalidad de Rogelio Frigerio”, en *Revista Ciencia y Técnica Administrativa* 9, N. 4, 2010. En: <http://www.cyta.com.ar/ta0904/v9n4a1.htm>

Por los motivos expuestos, nos propondremos investigar en clave histórica algunos aspectos de la evolución ideológica del desarrollismo argentino, aplicando la metodología de la Historia Intelectual o de las Ideas.

La Historia de las Ideas³

En forma sintética, señalaremos las características comunes de la Historia de las Ideas, del modo en que se la ha practicado hasta el presente en sus más elevados representantes:

1. Introduce una explicación alternativa para la comprensión del cambio histórico, alejada de la mera dilucidación de factores estructurales. Por ese motivo, resulta especialmente útil para debilitar doctrinas rígidas o insuficientes.

2. Se destaca tanto la coherencia interna de la obra como su concreción estética. El ejercicio de la reflexión y de la ironía, la acerca a otro tipo de aproximaciones a la verdad, vinculadas con la literatura⁴.

3. Plantea dos niveles de análisis. Uno, relacionado con el registro de los pensadores precedentes, y a su influencia. Otro, que se vincula con el medio socio-cultural contemporáneo, y a su interacción.

³ La metodología de la Historia de las Ideas y su relación con la disciplina histórica ha sido resumida del artículo A. Cerra, “Los muertos que no mataste. Una explicación de la industrialización argentina a partir de la Historia de las Ideas”, en Cristina Lucchini (comp.) *El enigma Argentino, Empresarios e intelectuales a la búsqueda de un proyecto nacional en el siglo XX*, Buenos Aires, Proyecto Editorial, 2003: 89-110. También disponible en: <http://www.economiaydesarrollo.com>.

⁴ Robert Nisbet realiza una encendida defensa de la metáfora como instrumento de conocimiento. Así contesta su propio interrogante: “¿Qué es una metáfora? Mucho más que una simple construcción gramatical o figura de dicción. La metáfora es una forma de saber - una de las más antiguas, de más hondo arraigo, e incluso indispensable en la historia del conocimiento reflexivo humano. Es, en su más simple expresión, un modo de avanzar desde lo conocido hasta lo desconocido. Es un modo de cognición, en el que las cualidades identificatorias de una cosa son transferidas, en un vertiginoso momento de percepción interna, a alguna otra cosa que, por su lejanía o complejidad, es desconocida para nosotros”. R. Nisbet, *Cambio Social e Historia. Aspectos de la Teoría occidental del desarrollo*, Barcelona, Editorial Hispano- Europea, 1976, p. VIII.

4. Distingue dos etapas en la construcción del conocimiento histórico, que a la vez se corresponde con distintos espacios disciplinarios. Éstos no son fácilmente separables y tampoco estamos muy seguros de que sea conveniente hacerlo. La primera etapa, es la que se relaciona con la filosofía o sociología de las ideas o con la historia de las doctrinas económicas, si se trata de ellas. En ella se enfoca especialmente la génesis de las ideas, su contexto de aparición y la indagación alrededor de sus componentes de verdad, sobre el valor cognoscitivo. La discusión se ubica en términos lógicos. En una segunda etapa, las ideas son examinadas por su influencia sobre la sociedad en que son generadas, rescatadas o re-significadas. Es decir, alude al proceso por el cual se transforman en sistemas de creencias o ideologías.

Insistimos en la necesidad de no separar las dos etapas del análisis de las ideas, pero postulamos que el enfoque histórico debe centrarse en: a) la búsqueda de los elementos formativos de las mismas, tanto desde el plano de los antecedentes intelectuales como al contexto socio-cultural de gestación, b) el examen de sus mecanismos de transmisión, su conversión total o parcial en sistemas de creencias y su influencia como ideologías sobre las sociedades del presente y del futuro.

En cuanto a la metodología a emplear para el abordaje del objeto de investigación delimitado en el párrafo precedente, la propuesta involucra dos tareas que se corresponden con los apartados a) y b). A los efectos del artículo, el interés se centra en la primera fase, dejando el examen de la difusión del credo desarrollista para otras indagaciones.

Para la búsqueda de los elementos formativos, consideramos que el camino elegido por Robert Nisbet es el más adecuado, si bien introduciríamos algunas modificaciones en su propuesta metodológica. El eminente sociólogo estadounidense postula tres perspectivas para encarar la Historia de las Ideas. La primera de ellas involucra los elementos biográficos de los autores estudiados, “lo que permite comprender las fuerzas motivadoras de la evolución intelectual, esas percepciones, intuiciones profundas y descubrimientos que proceden únicamente de

seres individuales”⁵. Este procedimiento contiene el riesgo -para Nisbet- de hacer una biografía del pensamiento y pierde de vista las relaciones, estructuras e influencias de las ideas entre sí, que superan ciertamente a las circunstancias de su gestación.

La segunda perspectiva estudia las escuelas, los sistemas, los *ismos*. La riqueza de este enfoque es que permite captar la globalidad y coherencia de los conjuntos de ideas, pero también contabiliza en el Debe un cierto reduccionismo y mutilación tanto de sus elementos básicos -las ideas- como de las contradicciones existentes entre los distintos autores que integran la corriente de pensamiento.

Finalmente, existe una tercera vía de análisis, que se sustenta en las ideas, elementos constitutivos de los sistemas. Esto permite realizar una búsqueda más ambiciosa a través de la historia, buscando las regularidades y modificaciones de un concepto. Si bien es la preferida por Nisbet, podríamos señalar que en torno al análisis histórico, su excesiva amplitud temporal atenta contra el examen atento del contexto de génesis del concepto y su articulación con otras ideas. Para expresarlo de otra manera: si la pretensión del estudioso es examinar los elementos de verdad de un término, seguramente la última vía debe ser la escogida. Pero en tanto historiadores que consideramos que la distinción entre hechos y mentalidades es -por lo menos- discutible, resulta necesario rescatar el marco social en que las ideas germinaron para poder seguir la línea que nos conduce a su re-elaboración, síntesis y difusión como sistemas de creencias más o menos ideológicos.

Además, la práctica de la labor historiográfica demuestra que, finalmente, la biografía, el contexto de generación, las vinculaciones con otras ideas y con otros autores, son factores explicativos esenciales y que ninguna perspectiva, ni aún aquella que postula el estudio independiente de las ideas-elemento, puede soslayarlos⁶. Buscaremos en la biografía intelectual de Frigerio la génesis del desarrollismo.

⁵ R. Nisbet, *La formación del pensamiento sociológico*, Buenos Aires, Amorrortu, 1977, Tomo 1, p. 15

⁶ Debemos esta reflexión sobre los inevitables componentes biográficos de la Historia de las Ideas al Dr. Teodoro Blanco.

La invención del desarrollismo

En las postrimerías de su adolescencia, el fundador del desarrollismo se encontraba ligado a la militancia estudiantil en la agrupación Insurrexit⁷. Esa agrupación, integrada por miembros de la Federación Juvenil Comunista, se ubicaba hacia 1930 en una posición crítica respecto al reformismo universitario tal como se manifestaba en esos años. Observaban que el reformismo en su vertiente pequeño burguesa se limitaba a pedir cambios en el mundo universitario, mientras que la problemática principal era la lucha de clases. Hasta tanto no se resolviera esa contradicción, todo cambio sería cosmético y superficial.

Bajo el liderazgo de Héctor Agosti -con quien Frigerio mantendría una gran amistad a través de los años- “Insurrexit” marcó intelectualmente a varios de sus integrantes. Hacia 1935, Frigerio se distancia del comunismo, pero conserva lazos muy profundos con sus primeros camaradas mientras se dedica a la administración de distintas empresas familiares e integra un sinnúmero de sociedades anónimas. Alejado del Partido Comunista Argentino por su internacionalismo, en la década de 1940 el grupo frigerista sigue estudiando la realidad nacional. Lo integraban, Baltasar Jaramillo (cofundador con Frigerio de la Revista *Qué* en su primera versión), Jacobo Gringauz, Carlos Hojvat, Ernesto Sábato, Narciso Machinandirena y Eduardo Aragón, entre otros. Este grupo publica en 1947 bajo la firma de Carlos Hojvat un libro titulado *Geografía Económico Social Argentina ¿Somos una*

⁷ Según la Revista *Primera Plana* del 30 de marzo de 1965: “La primera mención durable de Rogelio Frigerio fue producida en 1933 por el senador nacional Matías Sánchez Sorondo, quien lo vinculó con actividades comunistas en un célebre informe donde, curiosamente, figuraban también Arturo Frondizi, Jacobo Gringauz, Daniel Hojvat. El dirigía entonces el grupo 2Insurrexit”, una organización de jóvenes izquierdistas. “No conocí entonces a Frondizi -señaló Frigerio-. Es una confusión derivada del hecho de que todos los jóvenes progresistas firmábamos individualmente manifiestos y petitorios donde aparecíamos bregando juntos.” Lo conoció, realmente, en 1955 en la casa particular de Delia Machinandirena, viuda de Baltasar Jaramillo.

*Nación?*⁸. Allí se delinean algunos elementos que estarán presentes en el desarrollismo argentino.

La influencia del comunismo ruso es profunda. Comparemos la descripción de un manual de la Academia de Ciencias de la URSS sobre las características de las leyes de cambio histórico y la necesidad de conocerlas para actuar científicamente.

“Negar las leyes objetivas de los fenómenos sociales equivale, asimismo, a renunciar a la posibilidad de prever el curso de los acontecimientos, a negar la posibilidad de influir en la marcha de éstos sobre la base de previsión científica, a negar la posibilidad de gobernar el curso de los acontecimientos mediante el dominio de las leyes de la ciencia”⁹.

En el manifiesto frigerista de 1947, se expresaba:

“Para que nuestra misión histórica se realice con el menor entorpecimiento posible y la mayor seguridad de éxito, las fuerzas internas deberán alinear la política, la base social y la economía sobre los fundamentos que se deducen del análisis crítico y de los cuadros estadísticos. Las conclusiones del análisis y las cifras que lo fundamentan nos autorizan a formular las premisas que darán el sentido general de la política nacional”¹⁰.

Obsérvese la insistencia en el conocimiento científico para dotar a la acción de gobierno de un rumbo certero. En fechas posteriores, Rogelio Frigerio sostendría:

“Y así como las leyes económicas son tendenciales son también objetivas, esto es, se verifican en la realidad con independencia de la voluntad humana, voluntad que no puede interferir ante el hecho de que tal causa producirá tal efecto. Pero son leyes cuyo conocimiento es indispensable para que esa

⁸ La vinculación entre la publicación y el grupo frigerista es postulada por Carlos Altamirano. La cita del artículo es: Altamirano, C., “Desarrollo y desarrollistas”, en: *Prismas Anuario de Historia Intelectual*, N° 2, Universidad Nacional de Quilmes, 2001.

⁹ F. V. Konstantinov, *El materialismo histórico*, México, Grijalbo, 1956, p.13.

¹⁰ C. Hojvat, *Geografía Económico Social Argentina ¿Somos una nación?*, Buenos Aires, El Ateneo, 1947, p. 144.

voluntad ni se frustré navegando contra la corriente ni quede inerme, esto es, para que sea posible una orientación consciente del proceso económico”¹¹.

El economicismo, o sea la derivación de la realidad social y política de la infraestructura material, tan cara al pensamiento desarrollista, probablemente tenga origen en el marxismo vulgar en la versión difundida por el PCUS¹².

Del mismo modo, el grupo frigerista manejaba hacia 1947 -en clave leninista- la división entre países desarrollados y subdesarrollados y el fenómeno de la dependencia. Lo hacía en estos términos:

“Por su atraso y escasa potencia industrial y financiera, los países económicamente dependientes pueden ser clasificados según tres grados de dependencia y atraso económico. 1º Países económicamente dependientes, pero de relativa independencia institucional y política. Tal es el caso de nuestro país, Australia, Canadá, Suecia [...] 2º Países semi-coloniales, con cierto grado de desenvolvimiento político e institucional [...] 3º Países coloniales, económica, institucional y políticamente dominados [...]

Los países de gran desarrollo económico, que representan el núcleo esencial de la etapa monopolista de la economía privada, tienden a la dominación económica y por consiguiente, presionan sobre las estructuras económico-sociales de los países atrasados y dependientes, cualquiera sea el grado de dependencia y del atraso”¹³.

Encontramos ya bosquejadas la división del mundo capitalista en dos grupos de países, en francas relaciones de explotación. Falta aún un componente comercial

¹¹ R. Frigerio, *Síntesis de la Historia Crítica de la Economía Argentina (desde la conquista hasta nuestros días)*, Buenos Aires, Hachette, 1979, p. 14

¹² Afirma una publicación de la época: “las relaciones económicas son primarias: existen y se desarrollan independientemente de la conciencia y la voluntad de los hombres y determinan su conciencia y su voluntad. Las formas político-jurídicas y las relaciones ideológicas reflejan las relaciones de producción, que constituyen la base de la sociedad”. F. V. Konstantinov, ob. cit., p. 99.

¹³ C. Hojvat, ob. cit., pp. 96-97

más contundente para que la explicación sea completa. Rogelio Frigerio completará su visión con el aporte de Alejandro Bunge, tributario a su vez de Friederich List.

Partiendo de los ensayos iniciales de List, Bunge y Frigerio sostienen que el librecambio solo conduce al predominio de aquellos países que llevan la delantera en el desarrollo industrial.

Derivada del concepto anterior, se postula la necesidad de utilizar el proteccionismo como instrumento de crecimiento manufacturero. La industria solo puede prosperar bajo la tutela de un resguardo tarifario transitorio y prudente.

Para List, los aranceles aduaneros, no pueden ser aplicados de manera abusiva, su objetivo es lograr la “educación industrial” del país, es decir, la articulación de la economía a nivel interno y la adopción de las técnicas necesarias para el crecimiento de la actividad manufacturera. Apoyando este razonamiento, critica la teoría de los valores de la escuela clásica e intenta reemplazarla por la noción de “fuerzas productivas”. Más importante que las riquezas acumuladas por las naciones es el desarrollo de las condiciones necesarias para producirlas¹⁴.

Bunge se expresaba bajo la inspiración listiana en términos similares: En 1926, sostenía que era preciso establecer aranceles del 26 % al 50 %:

“Con carácter de derechos proteccionistas, a fin de defender a aquellas industrias nacionales convenientes para la economía del país, de la competencia de salarios y monedas inferiores, de la eficiencia excepcional

¹⁴ En palabras del propulsor de la Zollverein: “Es cierto que, inicialmente, los aranceles protectores encarecen los artículos manufacturados; pero igualmente cierto es, y hasta ha sido reconocido por la escuela, que con el transcurso del tiempo, una nación capacitada para instituir una perfecta energía manufacturera puede fabricar, en la propia nación, más baratos los productos que importa de fuera. Así, pues, si con los aranceles protectores se exige un sacrificio de valores, esta pérdida está compensada por la adquisición de una energía productiva mediante la cual se asegura a la nación para el porvenir no sólo una suma infinitamente mayor de bienes materiales, sino también la independencia industrial en caso de guerra”. F. List, *Sistema nacional de Economía Política*, México, FCE, 1943, p. 159.

para cuya obtención necesita la producción nacional de un plazo prudencial”¹⁵.

Rogelio Frigerio, comentando las ideas de los primeros impulsores del proteccionismo en la Argentina, suscribe una línea de análisis semejante:

“[A esos hombres] se les impuso siempre el argumento de la antieconomicidad de la instalación de la industria. Es más barato importar manufacturas que fabricarlas, se les decía. No se comprendía que ése es el precio que deben pagar los países que desean acceder a un nivel superior de independencia económica, con un aparato productivo plenamente integrado”¹⁶.

Se critica entonces la idea de una economía internacional autorregulada, bajo el esquema de la división internacional del trabajo propuesto por David Ricardo. Si adicionamos estos elementos a la herencia leninista, tendremos delineados los elementos fundamentales del desarrollismo: solo la expansión industrial interna permitiría superar el atraso y la dependencia.

Debemos volver al grupo protodesarrollista de 1947 para encontrar otros elementos esenciales en el pensamiento de Frigerio. El primero de ellos es el papel del capital extranjero como elemento modernizador:

“¿Qué habíamos sido como colonia española económicamente hablando? Un mero apéndice comercial de la metrópoli. Participábamos en las transacciones comerciales con la explotación de los habitantes, naturales del territorio, que era la más atrasada explotación artesanal y primitiva, patriarcal y esclavista, servil frente a los señores de España. **Nuestras posibilidades de desarrollo económico estaban cerradas hasta tanto una fuerza exterior determinara la ocasión propicia**”¹⁷.

¹⁵ A. Bunge, “Los socialistas adoptan el proteccionismo”, *Revista de Economía Argentina*, Año 8, N. 93, Tomo XVI, Marzo de 1926, pp. 194-195.

¹⁶ R. Frigerio, ob. cit., pp. 70-71.

¹⁷ C. Hojvat, ob. cit., p. 22.

Esa fuerza exterior era Gran Bretaña:

“Para alcanzar la independencia institucional que hoy tenemos, estuvimos conminados a aceptar las relaciones económicas sociales y políticas del siglo XIX. El capitalismo inglés dio nueva batalla al feudalismo en tierras del Plata”¹⁸.

Y el desarrollo se sigue produciendo, con la presencia del capital extranjero que lo impulsa o permite:

“Fuimos un país de ganadería; Inglaterra nos llevó después hacia la explotación agrícola y salimos hacia el exterior. Esta salida hacia el exterior nos llevó por el camino de la industrialización. Cualquiera haya sido la causa – la competencia entre los países más industrializados o el incremento de las relaciones económicas de las fuerzas internas – lo cierto es que se crearon en el país formas económicas modernas aptas para mantener relaciones comerciales y financieras con el resto del mundo. [...] Junto a las antiguas formas económicas surgidas de nuestra dependencia de Inglaterra, se originaron y crecieron formas modernas que predominan interiormente y mantienen la economía del país integrando la economía mundial con factores nuevos, capaces de ulteriores desarrollos”¹⁹.

Obsérvese como aparece aquí una variante de lo que acertadamente Arturo Jauretche denominó “proceso dialéctico a la vaselina”²⁰. En definitiva, se va a poder

¹⁸ *Ibíd.*, p. 18.

¹⁹ *Ibíd.*, pp. 33 y 37.

²⁰ Al referirse al trabajo del frigerista Marcos Merchensky, *Las corrientes ideológicas en la historia argentina*, Jauretche señala en 1961 que: “Se trata de un inteligente esfuerzo que intenta hacer conciliables las contradicciones de los bandos combatientes, demostrando que en la historia argentina, no hay fracturas, sino una especie de proceso dialéctico a la vaselina”. Jauretche, A., *Barajar y dar de nuevo*, Los Nacionales Editores, Buenos Aires, 1984, p. 22. Más adelante se refiere con dureza a Frigerio: “Además, testigo de la vereda de enfrente, desde el comunismo ruso a la Unión Democrática, Rogelio Frigerio, al intentar dar su versión de FORJA, olvida deliberadamente el momento histórico de su acción, que es lo que sustancialmente yo he querido señalar, porque lo interesante sería que el señor Frigerio nos

pasar sin mayores sobresaltos de la colonia al dominio inglés y de éste a la soberanía económica plena. El duro tutelaje de la rubia Albión es el que permite el tránsito a la industrialización. El carácter necesario e impersonal del proceso, se traduce en la frecuente utilización de frases reflejas y de la existencia de agentes etéreos: formas modernas, procesos, economía mundial, entre otros.

Por supuesto que la participación inglesa tenía su costo: la dependencia. Sin embargo, es claro el carácter progresivo del capital extranjero. En escritos de madurez, Frigerio anota que:

“para romper la opresión del monopolio español, Belgrano y Moreno propusieron el camino lógico que implicaba vincularse con Inglaterra; era el camino más directo para la liberación de las fuerzas productivas y la consolidación de la Nación” Tenemos anticipada una actitud favorable al capital extranjero, aunque se reconoce la pesada carga de la dependencia. En reiteradas ocasiones, la presencia de las inversiones foráneas sería liberadora. Es más: casi mágicamente promovió algún grado de crecimiento manufacturero. Podríamos pensar que si los hombres de Mayo, por conveniencia táctica y no por convicción, apelaron a Inglaterra ¿Por qué no podrían los desarrollistas en 1958 requerir la presencia de los capitales yanquis y europeos para explotar el petróleo o implantar la industria automotriz en la Argentina?”²¹.

La necesidad de apelar a los capitales extranjeros surge de otro elemento prefigurado en los escritos de 1947. La economía mundial -en sus versiones capitalista o comunista- se encuentra dominada por los monopolios. Las industrias que dominan a nivel internacional se encuentran fuertemente concentradas²². Por ese motivo, las estrategias gradualistas que pregonan el desarrollo manufacturero a través de la reinversión del ahorro interno son irrealizables. Solamente se puede jugar en los sectores altamente concentrados realizando inversiones cuantiosas; ellas sólo pueden provenir del capital extranjero.

dijera desde su hoy teórica posición nacional, qué posición teórica tenía entonces, cuando era difícil entenderla, como lo he venido demostrando”. *Ibíd.*, p. 27.

²¹ R. Frigerio, *ob. cit.*, p. 56.

²² C. Hojvat, *ob. cit.*, pp. 99 a 104.

Al finalizar la Segunda Guerra Mundial, la coyuntura internacional parece favorable. La aparición de la Unión Soviética como contendiente de británicos y estadounidenses, abre una brecha auspiciosa. En las palabras de los futuros desarrollistas:

“El dilema ha reaparecido en virtud de la evolución de las fuerzas internas y externas, que siendo compatibles primero se aliaron para la explotación de las riquezas naturales, luego marcharon juntas e interpretándose crearon la estructura económico-social nacional. Ahora las fuerzas exteriores, que dieron el primer impulso, se manifiestan incompatibles con la estructura económico-social nacional. [...] ¿Dónde hallar reservas político-sociales y económicas que pongan freno a la expansión antinacional del monopolio capitalista? [...] Este nuevo factor es la tendencia de la economía monopolista, hacia las formas colectivas de la economía universal, tendencia encarnada por la Unión Soviética. **Si Estados Unidos persiste en su expansión antinacional, deberá enfrentar a este nuevo y poderoso factor.** Del mismo modo, cualquiera sea el grado de indiferencia que muestre la Unión Soviética ante la liberación de los países dependientes, semi-colonias y colonias, debilitará su posición en el terreno internacional”²³.

Preanunciase un clásico del desarrollismo. El escenario internacional abre las posibilidades de jugar con el enfrentamiento Este-Oeste para lograr la emancipación nacional. Aunque el corazón de los autores se ubique cercano a la Unión Soviética, le conceden a los Estados Unidos la revisión de su postura como instrumento adecuado para conservar la hegemonía en el bloque occidental.

Otra demostración es la influencia stalinista en los protodesarrollistas sobre la comprensión del fenómeno nacional. Compárese la enumeración de los cinco elementos esenciales que definen una Nación para el grupo frigerista y el listado que hace el dictador soviético en su opúsculo *El marxismo y la cuestión nacional*

²³ *Ibíd.*, p. 142.

Stalin ²⁴	“Grupo Frigerio” (1947) ²⁵
“Tenemos, pues, que una nación no es una comunidad racial o tribal, sino una comunidad de hombres históricamente formada. [...] Tenemos, pues, que una nación no es un conglomerado accidental y efímero, sino una comunidad estable de hombres”.	([El primer elemento para constituir una Nación es]: “Constituir una comunidad estable históricamente formada. Es decir, producto de una evolución con pasado, sea el fuere su origen. Un conjunto social de hombres y mujeres que han vivido juntos y unidos lo preservaron de todo intento de dispersión”.
“Pero no toda comunidad estable constituye una nación. Austria y Rusia son también comunidades estables, y, sin embargo, nadie las llama naciones. ¿Qué es lo que distingue a una comunidad nacional de una comunidad estatal? Entre otras cosas, que una comunidad nacional es inconcebible sin un idioma común, mientras que para un Estado no es obligatorio que haya un idioma común. [...] Tenemos, pues, la <i>comunidad de idioma</i> como uno de los rasgos característicos de la nación”.	“Poseer un idioma común. Para constituir un conjunto social y formar una comunidad estable los hombres y mujeres que la integran deben hablar un idioma común aceptado y usado, independientemente de los dialectos y deformaciones regionales”.
“La nación sólo se forma como resultado de relaciones duraderas y regulares, como resultado de la convivencia de los hombres, de generación en generación. Y esta convivencia prolongada no es posible	“Habitar un territorio común. Es lógico que formando una comunidad y hablando el mismo idioma, el elemento siguiente sea habitar un territorio común. Es posible hablar el mismo idioma y no habitar un territorio común. De esa

²⁴ J. Stalin, “El marxismo y la cuestión nacional”, en: <http://www.marxists.org/espanol/stalin/1910s/vie1913.htm>

²⁵ C. Hojvat, ob. cit., pp. 111-113.

sin un territorio común. [...] Tenemos, pues, la <i>comunidad de territorio</i> como uno de los rasgos característicos de la nación”.	manera la comunidad existe pero no constituye una nación”.
“Tenemos, pues, la <i>comunidad de vida económica</i> , la <i>ligazón económica</i> como una de las particularidades características de la nación”.	“Poseer una vida económica común. Este cuarto elemento establece la base material de todo país que desea ser una Nación”.
“Tenemos, pues, la <i>comunidad de psicología</i> , reflejada en la comunidad de cultura, como uno de los rasgos característicos de la nación”.	“Destacarse con un carácter nacional, una psicología nacional, una cultura nacional”.

La coincidencia es completa. Hemos mostrado como pesó la influencia de los tópicos del comunismo local más alineado con Moscú sobre el pensamiento del grupo proto-desarrollista y el propio Frigerio. ¿Se desprende entonces que, como sostuvo el *Tapir*, su método de análisis era el marxismo o el hegelianismo?²⁶.

La interpretación sobre cuál sería el verdadero sentido del pensamiento de Hegel o de Marx sería presuntuosa. Sin embargo, mediante el examen de algunas de las obras de Frigerio podemos medir si la identificación tiene algún fundamento. O

²⁶ En 1998, José Vercesi realiza una entrevista a Frigerio donde aborda ese tema. Se transcribe la parte relevante para la cuestión:

Frigerio: ...tenía la metodología marxista, pero la concepción era nacional.

Vercesi: Claro, por eso digo que difiere mucho del tratamiento del marxismo clásico.

Frigerio: Hablando de marxismo como metodología no difiere. El marxismo mismo es hegelianismo. El método es el de la concepción dialéctica.

Vercesi: Y poner el problema económico en la base.

Frigerio: Claro que no lo tiene Hegel ese fundamento económico [...] Pero si se lee bien a Hegel, es imposible ser marxista sin ser hegeliano. Y es imposible ser hegeliano sin desembocar en el marxismo, porque si no hubiera sido un idealismo con la mecánica de la dialéctica, pero idealismo al fin. Lo que estaba en la base era la cabeza y lo que estaba arriba eran los pies. Vercesi, J., “La doctrina y la política económica del desarrollismo en la Argentina”, en: http://www.aaep.org.ar/espa/anales/pdf_99/vercesi.pdf.

mejor: bucear sobre las fuentes que sirvieron para informar al fundador del desarrollismo sobre aquellos conceptos que para él constituyen la dialéctica hegeliana- marxista.

En el mencionado manual *El Materialismo Histórico* editado por la Academia de Ciencias de la URSS en 1950, y consumido ávidamente por los simpatizantes argentinos del PCUS, se explicaba la cuestión del siguiente modo:

“El filósofo idealista alemán Hegel intentó exponer la historia de la humanidad como un proceso necesario, de desarrollo, progresivo y contradictorio, basado, según él, en el espíritu universal, fruto de su propia lucubración. Hegel suplantaba el nexo real entre los fenómenos históricos por un nexo sacado de su propia cabeza, extraído del arsenal de su propia filosofía, con lo cual mistificaba las leyes reales de la historia”²⁷.

Reconociendo la herencia hegeliana, la ortodoxia comunista rusa destaca la ruptura:

“Marx y Engels crearon la dialéctica materialista, directamente opuesta a la dialéctica idealista de Hegel, extrayendo de ella la médula racional que en la dialéctica hegeliana se escondía bajo una envoltura mística”²⁸.

Son casi las palabras de Frigerio en la entrevista con Vercesi. No tenemos motivos para suponer -no se infiere de su obra- que su conocimiento sobre la dialéctica hegeliana supere las menciones de las publicaciones del Partido Comunista Argentino o las del propio Marx.

¿Por qué Frigerio, insiste entonces en la matriz hegeliana de su dialéctica? Quizás se vincule con la persecución sufrida durante la presidencia de Frondizi, donde fue tildado por los altos mandos de las Fuerzas Armadas de comunista y apartado del gobierno por ese motivo. De todos modos, la argumentación frigerista era demasiado sutil como para ser comprendida por oficiales obtusos. Tan obtusos

²⁷ F. V. Kostantinov, ob. cit., p. 7.

²⁸ Ibid., p. 8.

que creían que el factótum de los contratos petroleros era un agente del imperialismo soviético.

Observemos el relato histórico de Frigerio para examinar como utiliza el marxismo. En la descripción de las etapas por las que atravesó la sociedad mundial - en el modo de historia natural, como él mismo refiere- tras la terminología marxista de “relaciones de producción”, “medios de producción”, “proletariado”, el gran ausente es el conflicto. Existen ciertamente, situaciones disfuncionales: la economía esclavista de la antigüedad era improductiva y despilfarraba recursos; el señor feudal no buscaba el intercambio. Pero la lucha de clases se encuentra completamente ausente en la explicación. Tan ausente, que la palabra “explotación” no aparece en las páginas que dedica a la descripción de las distintas fases de la economía mundial²⁹.

Más se aleja de Marx cuando se ocupa de la evolución histórica de la economía argentina. La intención de hacer una historia nacional lo coloca en una perspectiva muy distante del autor de *El Capital*, porque el desarrollo de la Nación es presentado como el proceso de actualización de potencias. Para Frigerio, la Nación existe en forma previa, sólo es necesaria despertarla, conducirla o guiarla. En ese sentido el cambio es immanente, como para la mayoría de los evolucionistas del siglo XIX. La peculiaridad de la visión desarrollista, que tiene un fuerte impacto sobre las decisiones políticas del gobierno de Frondizi, es que a lo largo de la historia, la Nación fue actualizada por el capital extranjero. La semilla española del ser nacional -la matriz indígena es inexistente u olvidada- trajo el capitalismo a las pampas; el comercio inglés se ocupó de terminar con el monopolio ibérico y de promover el crecimiento a través de inversiones ferroviarias. Es cierto que Julio Argentino Roca -reconocido por Frigerio por la “Campaña al Desierto” y por la unificación territorial- debió haber adoptado el proteccionismo y promovido la industrialización autónoma. Pero todos -incluso los librecambistas o los estatistas equivocados como Perón- contribuyeron al crecimiento de la Nación.

²⁹ R. Frigerio, *Economía Política y Política Económica Nacional*, Buenos Aires, Hachette, 1981, pp. 32 a 37.

Es necesario encontrar el agente exterior adecuado, para culminar el proceso de desarrollo en forma exitosa. La dependencia es un efecto secundario indeseable derivado de la aplicación de la vacuna inglesa. Lo paradójico es que Frigerio postula la inoculación del capital yanqui para superar las fiebres provocadas por la anterior inmunización.

Si Alejandro Bunge hubiera sido escuchado en las primeras décadas del siglo XX, si el proteccionismo hubiera sido adoptado en forma integral, quizás el camino hacia el progreso hubiera sido más corto. Pero Frigerio cree que el proceso es **necesario**; que la Nación desarrollará su base material y en consecuencia (recordemos el 5º postulado stalinista de la nacionalidad) la cultura encontrará su máxima expresión.

Claramente el enfoque citado lo aparta del marxismo. Se puede discutir si para Marx es tan rígida y mecánica la vinculación entre la estructura material y la superestructura política e ideológica; si la transición del feudalismo al capitalismo fue el resultado de la expansión del capital comercial o de los campesinos ingleses enriquecidos. Pero es difícil pensar a Marx explicando el cambio histórico sin recurrir a la lucha de clases o examinando en la forma de historia natural el devenir de una nación aislada, postulada como un ente a proyectarse hacia la conciliación interclasista.

En escritos políticos de ocasión, la necesidad de conciliar e integrar llega a límites extraordinarios. Obsérvese la inmanencia del proceso:

“La verdad es que, más allá de sus rivalidades y luchas, hay una evolución coherente e ininterrumpida del país, desde la colonia hasta nuestros días. Ningún elemento de este proceso es extraño a la perfecta continuidad con que se van transformando las estructuras, **para adaptarse a las necesidades reales y objetivas de la Nación en su desarrollo**”³⁰.

La integración de la clase dirigente en el tiempo es completa:

³⁰ R. Frigerio, *El estudio de la historia como base de la acción política del pueblo. Prólogo para un Manual de Historia Argentina*, Buenos Aires, Concordia, 1961, p. 37.

“La misma línea que inspira a Moreno para liberarnos del monopolio español, inspira a San Martín para darnos la independencia; a Rivadavia, Alberdi y Sarmiento para crear las instituciones del nuevo país capitalista; a Rosas y a Roca para conquistar el desierto y ensanchar nuestro ámbito geográfico; a Lopez, Ramirez, Ferré y Urquiza para defender los derechos de las provincias; a Pellegrini para proteger la agricultura naciente; a Saenz Peña para darnos la ley del sufragio universal; a Yrigoyen para elevar la masa popular al gobierno; a Perón para dar conciencia y organización a los trabajadores y fomentar la industria argentina; a Lonardi, para enarbolar la consigna ‘ni vencedores ni vencidos’ que, aunque representaba la revancha de los sectores antipopulares, intentó restaurar el libre juego de la democracia, y a Frondizi para echar las bases definitivas de la Independencia económica de la Nación y asegurar su creciente gravitación en el continente y el mundo”³¹.

Esta concepción de la Nación prometida y conciliada y la sucesión de etapas evolutivas y no conflictivas, acercan a Frigerio a Ernesto Quesada, notable sociólogo argentino de principios del siglo XX. En la edición de 1923 de su reconocida obra *La Época de Rosas*³² donde procura ubicar al eterno gobernador de la provincia de Buenos Aires en su contexto social, Quesada antepone un escrito con el título de “Evolución social argentina”. Allí se presenta una historia en clave organicista de la Nación argentina, que bien pudo haber inspirado al socio político de Frondizi³³.

³¹ *Ibíd.*, pp. 44-45.

³² Quesada, E., *La época de Rosas*, Buenos Aires, Ediciones del Restaurador, 1950.

³³ En una de sus escasas referencias a terceros, Frigerio reconoce su aporte. “El revisionismo pudo continuar la obra fecunda que iniciara Adolfo Saldías y prosiguieran, entre otros, los Quesada (se refiere a Vicente y a su hijo Ernesto)”, R. Frigerio, *Ibíd.*, p. 14.

Conclusiones

En las páginas anteriores hemos recorrido algunos de los itinerarios que acompañaron la formación del pensamiento desarrollista. Desechamos por razones cronológicas y conceptuales el papel desempeñado por los teóricos del desarrollo como Myrdal, Nurske y Hirschman; también diferencias sustanciales lo separan de la ideología de la CEPAL. Aún con más énfasis negamos la posibilidad de englobar al pensamiento de Frigerio en una corriente económica derivada de la expansión de la hegemonía americana o de una fase en la industrialización sustitutiva.

Las raíces del desarrollismo argentino son distintas y presentan la amalgama de elementos originales y no siempre integrables. Por un lado, destacamos la influencia del PCUS, tal como era recibida en las publicaciones que circulaban entre los miembros locales del Partido Comunista Argentino. Ya en 1947, el grupo frigerista había plasmado esas influencias en alguna de las ideas-fuerza del desarrollismo: a) La primacía de las relaciones económicas sobre la superestructura ideológico-política. b) La existencia de la dependencia como fenómeno global y argentino. c) El carácter progresivo del capital extranjero. d) La existencia de una economía mundial monopólica, tanto en el lado capitalista como en el espacio socialista. e) Las posibilidades que abría para los países dependientes el enfrentamiento entre EE.UU y la URSS.

A estos aportes debe agregarse la influencia del industrialismo alemán iniciado por Friederich List y continuado en nuestro país por Alejandro Bunge, que le acercaron la dimensión nacional del análisis económico y la necesidad del proteccionismo como instrumento de crecimiento.

Por otra parte, la utilización de la dialéctica marxista por parte de Frigerio, ha sido impugnada. Sus análisis se encuentran más ligados al evolucionismo decimonónico que al materialismo histórico. La ausencia del conflicto y la lucha de clases en el relato del pasado y la construcción en clave organicista de la Nación Argentina, lo acercan íntimamente a Ernesto Quesada -por citar a uno de los exponentes más relevantes del evolucionismo local- y lo alejan definitivamente del autor de *El Capital*.

“Nada nos separa, todo nos une”. Roque Sáenz Peña y la integración hispanoamericana en torno al Centenario desde el Bicentenario

Rodrigo H. González Natale
UNS, Bahía Blanca

Apenas transcurrido el Bicentenario de la Revolución emancipadora, América Latina sigue enfrentando el desafío de la integración y construyendo aún los términos de una independencia definitiva. La inserción en un mundo globalizado, donde la tecnología, las transformaciones de la producción y los intentos hegemónicos geopolíticos, determinan la pauta de cambio. Se imponen a nuestra América los retos del desarrollo sustentable y sostenido, la inclusión social y la desarticulación de la dependencia económica.

Es imposible pensar en arribar a estos logros si persiste la *América invertebrada* que diagnosticó Ortega y Gasset. Desandar la noción ‘insular’ de los estados latinoamericanos y abordar el tema de la integración desde lo profundo y complejo se presenta como un camino unívoco.

Desde las múltiples aristas donde la América Latina plantea la integración rumbo al Bicentenario, nosotros proponemos aquí la visión de Roque Sáenz Peña sobre la unión de Hispanoamérica en los tiempos del Centenario.

Nacido en Buenos Aires en 1851, se desempeñó como abogado y político, llegando a ocupar la primera magistratura de la República entre 1910 y 1914. Fue hijo del también presidente Luis Sáenz Peña (1892-1895); participó junto al Ejército nacional contra la revolución de Mitre (1874) y en 1879, cuando estalló la guerra del Pacífico, se alistó en el ejército peruano. De regreso a su país, fue embajador en Uruguay y portavoz en el I Congreso Panamericano (1889-1890), en el que se manifestó contra la Doctrina Monroe con el lema “América para la Humanidad”. Miembro del Partido Nacional, fue Ministro de Relaciones Exteriores y embajador en diferentes países.

La llamada generación del ’80 se devela al análisis de forma compleja, expone una heterodoxia que obliga a replantear determinados clisés, como propone Hugo

Biagini, evitando la simplificación en su valoración¹. El caso de Roque Sáenz Peña es significativo.

La Argentina consolidaba hacia el Centenario el modelo de modernización y mantenía las expectativas de liderazgo continental, que enfrentaría a algunos de los miembros de la elite dominante en el campo diplomático y discursivo a los Estados Unidos y su política intervencionista en nuestra América.²

El discurso del Sáenz Peña en torno a la integración parte de la concepción hispanista, aunque en sus últimos escritos avanza sobre la unión con el Brasil. El hispanoamericanismo propuesto atiende el concepto de raza como común denominador para la cohesión de los estados de América Latina, contraponiéndolo como rasgo identitario fundacional frente a la alteridad que se constituye sobre la figura de los EEUU.³

La raza será la dimensión mancomunada que toma Sáenz Peña para identificar a los pueblos latinoamericanos y a España, como una “familia” relacionada a través de ideas centrales y comunes como “madre patria” y la noción de “hermandad hispanoamericana” constituida por los lazos filiales de las repúblicas americanas. En oposición el autor amonestará a los EEUU en el conflicto hispano-cubano-norteamericano del ’98 como “exóticos y extraños a la Raza de los beligerantes [...] una tercera sin títulos...”⁴

Este concepto volverá a estar presente en los discursos dados por el futuro primer mandatario en las Bodas del Rey Alfonso XIII, en su rol de enviado oficial del gobierno argentino. Surgirán en estos nuevamente la idea de raza común, esgrimida ante distintos públicos, en este caso el diplomático.⁵

¹ Cf. Hugo Biagini, *La Generación del '80*, Losada, Buenos Aires, 1995.

² Sobre este tema ver Rodrigo González Natale, *Roque Sáenz Peña: hispanoamericanismo y antiimperialismo*. Trabajo presentado en las VI Jornadas Nacionales – II Jornadas latinoamericanas “Poder hacer la historia”, Necochea, octubre de 2004.

³ Cf. Rodrigo González Natale, Patricia Orbe y Carolina López: “Del ’98 al Centenario: la construcción del hispanismo dentro del discurso de Joaquín V. González y Roque Sáenz Peña”, publicado en las actas de la I Jornadas de Historia Argentina: hacia el Bicentenario de Mayo. Cultura y Sociedad 1910-1930, realizadas en la UCA, Buenos Aires, octubre de 2003.

⁴ Roque Saenz Peña, *Por España*. Discurso pronunciado en el Teatro Victoria 2 de Mayo de 1898. En: *Escritos y Discursos*.

⁵ “Allí está nuestro abolengo nobilísimo con la fe crisma de nuestra stirpe, matizada de defectos y de virtudes pero con más virtudes y defectos como todas las razas sentimentales; de

El concepto de raza que emplea el autor no es solamente el esperado desde el cientificismo típico de este período, sino que también parte de una unidad cultural de las naciones americanas (el eje es la ‘hispanidad’ común, dejando de lado el elemento indígena), siendo este europeísmo etnocéntrico el validador de las distintas políticas de sojuzgamiento, expansión territorial e inmigración, así como elemento catalizador de la búsqueda de una identidad nacional “europea y civilizada”⁶.

Roque Sáenz Peña sostendrá tópicos de unidad hispanoamericana y antiimperialismo, como dijimos, propios de la elite dominante, y en una forma práctica, no como una mera ilusión idealista⁷. Conjuga en el discurso las razones pragmáticas de orden social y económico para afrontar los embates imperialistas de los EEUU. Camino hacia el Centenario de Mayo, refuerza simbólicamente la idea paradigmática de encuentro definitivo, que olvide luchas pasadas entre peninsulares y americanos. *La Carta sobre el Hispanoamericanismo*, de 1908 a Pedro Careaga de la Quintana propone un puente de unión de las naciones americanas con España, para enfrentar un futuro común⁸.

allí nos llega el brazo vigoroso que enriquece nuestra economía por el trabajo y por la probidad; de allí los corazones para fundirse en los celos generosos del alma nacional...”
Ibíd., Tomo II, pp. 53 y 54.

⁶ Vale aclarar, que como dijimos, la postura generacional debe analizarse desde la heterodoxia, pues distintos protagonistas intelectuales de este período confrontaban discursivamente. Cf. Hugo Biagini, *Filosofía americana e identidad*, Bs. As. Eudeba, 1989.

⁷ La contundencia de sus producciones diplomáticas y políticas es muestra de racionalidad pragmática y ética que conviven con un pasado casi romántico de Sáenz Peña como joven oficial enlistado en el ejército peruano para enfrentar al Chile expansionista durante la Guerra del Pacífico, o retirado de la vida pública mientras su padre ejercía la primera magistratura que le otorgan a este miembro de la elite dominante rasgos de complejos.

⁸ "El propósito está en marcha mi querido amigo, y es menester desenvolverlo dentro de un cuadro sin marco, extenso y amplio como los dos hemisferios; solo así podremos restablecer el valor y el prestigio de nuestra raza procediendo con el afán empeñosos con que se abordan los problemas de interés nacional; porque en efecto, amar la raza no es otra cosa que dilatar la nación en un ambiente de justicia y de histórica reivindicación.

He dicho a Ud. que ha terminado el período de los viejos resentimientos y debo agregar, ahora, que ha comenzado el de la comunión internacional. Compruébalo medio millón de españoles que gravitan sobre nuestro suelo para prosperar y hacerlo rico, y que viven bajo el amparo de nuestras libertades y derechos, plenamente garantizados por una justicia incorruptible; desde allí desde las riberas occidentales del Plata (Permítame decírselo porque no solo de amores viven los pueblos), concurren con sus ahorros en más de ciento sesenta millones de pesetas que anualmente se incorporan a la economía de la Península; y comprueba ante todo, las nuevas relaciones nuestro cariño bien probado hacia el hogar

Esta unidad hispanoamericana propuesta a partir de la raza, trasciende los estados y se constituye en una estrategia sostenida por intereses comunes en contra de la avanzada imperialista sobre el continente, que realizaba EEUU justificada por la doctrina Monroe. Escribe nuestro autor en 1903:

“La fuerza y la garantía de las nacionalidades de este hemisferio, no debemos perseguirlas fuera de nuestros medios e intereses; la raza es un vínculo más poderoso y fuerte que la geografía que es un mero accidente de su naturaleza; busquemos, pues, la solidaridad de los estados latinoamericanos, constituyendo el vínculo político e internacional, contra las nuevas doctrinas interventoras, que condensan la nube en que dormitan los rayos del imperialismo. ¿Quién podrá realizar la magna obra? Nosotros los argentinos que al convocar los congresos que se han de constituir en el Centenario de Mayo, debemos coronar el monumento de la Revolución con la diadema de la confraternidad defensiva de todos los pueblos libres de esta parte de América, y habremos proclamado la doctrina de Bolívar, abandonando las declaraciones de Monroe a su destino incierto y egoísta”⁹.

Observamos entonces que la construcción de la integración solidaria hispanoamericana, debe ser una manifestación de la voluntad de liderazgo que la Argentina debía afrontar para colocarse a la cabeza de las naciones americanas. Es pues el Centenario, un hito simbólico de la culminación del proceso emancipador comenzado en Mayo de 1810. Debían refutarse las justificaciones doctrinarias de protección continental sostenidas por Washington en los distintos congresos que enmascaraban la voluntad hegemónica, “...para los EEUU, eran los pueblos allí representados, mercados de exportación y no naciones...”¹⁰.

Las aspiraciones de liderazgo latinoamericano aquí propuestas tuvieron un impulso más de orden discursivo que materializado en acciones concretas fuera las actuaciones en los distintos Congresos americanos, donde la oposición a los EEUU

castellano que recibe el calor de nuestro sol; hogar que retribuye nuestro afecto dejándonos su descendencia argentina, justa demanda exigida por la Ley Positiva para todos los que nacen en nuestro suelo, tributo que se deriva de la misma naturaleza porque la tierra que da al árbol sus jugos generosos, tiene derecho a recoger sus frutos y a fecundarlos en su seno para multiplicarlos en el tiempo”, Roque Sáenz Peña, Roque: *Escritos y Discursos*, Bs. As, 1941. pp. 60 y 61.

⁹ “Carta al Dr. Luis María Drago, Caso Venezuela”. 11 de octubre de 1903, *Ibíd.*, Tomo II, pp. 455, 456.

¹⁰ *Los EEUU en Sud América, Ibíd.*, Tomo I, p.391.

predominó sobre cualquier intento integrador que partiera de la diplomacia¹¹, aún así la prensa, los intelectuales y los poetas abrazaron esta posibilidad.¹² Sin duda, la prosperidad asociada al vínculo con Europa –factor de modernización, aunque de matriz dependiente- se impulsó por los proyectos integracionistas latinoamericanos.

La retórica integracionista de Roque Sáenz Peña va transformándose. En agosto 1909, frente al Barón de Río Branco, en su visita a Brasil, el futuro primer mandatario argentino propone avanzar en la fraternidad entre ambas naciones: “No somos, pues, rivales ni competidores en la producción: somos aliados y amigos en la economía, como fuimos ayer en el proceso político del continente”¹³. Suma luego en el discurso a la República de Chile a la integración:

“Los tres grandes estados señalarán ante el criterio americano y europeo la perfecta armonía de sus intereses y la comunidad de sus miras civilizadoras. En lo que atañe a la República Argentina, demostraría con aquel hecho que procura contactos amistosos con todos los estados del continente, que piensa en vínculos indisolubles y que quiere perpetuarlos por la feliz convivencia de las nuevas generaciones bajo el techo auspicioso de la América trasplantando al hogar clásico de la madre latina. [...] ¡Ojalá sea la juventud la que consagre con sus ensueños generosos y con las altas inspiraciones del arte la unidad de los tres pueblos y la evolución común de sus felices destinos!”¹⁴.

¹¹ Este aspecto fue tratado en el trabajo de Patricia Orbe y Rodrigo González Natale: “Expansionismo norteamericano e integración de América Latina ante el conflicto cubano de 1898: la visión preventiva de la diplomacia argentina”, presentado en el X Congreso de la SOLAR, La Habana, Cuba, noviembre de 2006.

¹² Para el caso, confróntese a modo de ejemplo la visión de J.V. González, que reafirma esta concepción, destacando el carácter moral y noble de la nación Argentina en este rol de líder, frente a la voracidad de la diplomacia estadounidense: “Esta será en todo tiempo, como fue antes su espíritu, la esencia de la política nueva de la Nación Argentina; porque ni los errores, ni los extravíos, ni las impericias de sus gobiernos pueden ser contados como desviaciones de la opinión nacional, que en todos los casos ha sido inspirada en los mismos ideales de justicia, de respeto por las formas jurídicas y por la práctica universal, de estrecha amistad y cooperación con las naciones de su familia étnica y geográfica, y de extremo desinterés en las cuestiones en que ha podido o debido aspirar a ventajas o participaciones más positivas de sus sacrificios y victorias”, Joaquín V. González, *El juicio del siglo*, Bs.As., CEAL, 1979, p. 172.

¹³ Roque Sáenz Peña, ob. cit., Tomo I, p. 348

¹⁴ *Ibíd.*, p. 351.

En carta fechada en enero de 1910 al Ministro de Relaciones Exteriores de Chile, Agustín Edwards, nuestro autor reafirma las condiciones necesarias para el desarrollo pacífico del destino de las repúblicas americanas. Espera la terminación del FFCC Trasandino, que “al aminorar las distancias materiales, ha de disminuir también los alejamientos morales”¹⁵.

Y esta idea tomará forma material en la entente integrado por Argentina, Brasil y Chile (conocido por el ABC), nacido en 1910 y firmado en 1915 -ya muerto Sáenz Peña y el Barón de Río Branco¹⁶- luego de la mediación exitosa de los tres países en el conflicto entre México y los EEUU, cuando los infantes de marina norteamericanos invadieron Veracruz durante la revolución mexicana. El Tratado no fue ratificado y varios países americanos criticaron el ABC como una construcción para afianzar la hegemonía de estos países frente al resto de América Latina, pero que sin dudas mostró una madurez en los asuntos internacionales que asombraron a Europa y que marcaron el ideario -desafortunadamente vacilante- de resolución pacífica y mediada de los conflictos entre americanos.¹⁷

El Centenario de Mayo encuentra a Roque Sáenz Peña como presidente electo¹⁸, siendo una de las figuras centrales de los fastuosos actos realizados en todo el país -incluso en países vecinos- pero especialmente en Buenos Aires, contando con dignatarios extranjeros de primer orden, así como prestigiosos periodistas de distintos medios mundiales e intelectuales. Eran las festividades de una nación reconocida a nivel mundial, articulada sobre el orden republicano consolidado pero que pone en manifiesto los estrechos límites de su escenario político y un patrón de concentración excluyente.

Enmarcada en este contexto de las celebraciones por los cien años de Mayo tendría lugar la Cuarta Conferencia Panamericana, celebrada en Buenos Aires, que contó con la participación del ex presidente norteamericano Roosevelt. En dicha ocasión, la postura de los delegados argentinos fue más distendida que en las otras

¹⁵ *Ibíd.*, p. 360.

¹⁶ Juan D. Perón reflota años después la idea del ABC, adjudicándole la paternidad al Barón de Río Branco. Carlos A. Silva y Isidoro Ruiz Moreno coinciden en que fue Roque Sáenz Peña el precursor de la entente, como vimos arriba en el discurso de 1909, ante el mismísimo Barón. Citados por Gregorio Recondo: *El sueño de la patria grande*, Ed. Ciccus, BsAs, 2003., p.148.

¹⁷ Juan A. Lanús, *Aquel apogeo. Política internacional argentina 1910-1939*, Bs. As. Emecé, 2001., pp. 195 ss.

¹⁸ Roque Sáenz Peña fue elegido presidente en abril de 1910.

conferencias. Hugo Satas, cita en su obra a Eduardo Bidau - analista de la política internacional, contemporáneo del Centenario- que expresa el ambiente de la vida internacional argentina:

“la diplomacia argentina debe contribuir a la consecución de esos ideales de fraternidad, de solidaridad, de unidad moral americana, sin prejuicio de atender, en primer término, sus relaciones con Europa, la que provee de hombres y capitales, con la cual se mantiene activísimo intercambio comercial, industrial, científico, artístico”¹⁹.

El espíritu conciliador del Centenario no escatimó aún en críticas a la doctrina Monroe y remarcó una voluntad europeísta en primera instancia, consolidada para este primer siglo de vida de la república. La *intelligentzia* de la elite dominante coincidió mayoritariamente al respecto: no al panamericanismo esponsoreado por Washington y sí a las ideas de integración latinoamericanas, siempre que contaran con la marca del liderazgo argentino.

En el discurso de asunción a la primera magistratura ante las Cámaras, Sáenz Peña privilegió la posición del país en el mundo. Para el novel presidente el Centenario veía nacer a una Argentina llamada a ocupar un lugar entre las potencias mundiales, un ejemplo para América Latina, sin duda, un líder.²⁰

¹⁹ H. Satas, H.: *Una política exterior argentina*. Buenos Aires, Hispanoamérica, 1987., p. 193.

²⁰ *Discurso de Roque Saenz Peña ante el congreso de la Nación. 12 de octubre de 1910:*

“*Por obra del Centenario de Mayo, la República Argentina que yo me proponía exteriorizar, es conocida en esta hora por todas las potencias como cualquier estado del viejo mundo; y es conocida con ventaja, porque despierta afectos y no recelos, y porque ha creado intereses que habrán de gravitar eternamente en la economía mundial con su producción y su trabajo.*

Más que un título de halago para nuestra vanidad hemos creado una situación internacional ante Europa incorporándonos a su mentalidad para coexistir en sus preocupaciones, deliberando en venturosa comunión sobre el destino solidario de la gran familia humana. Creo tener la visión justa del momento histórico y habré de desenvolverlo con vuestro concurso sin que perturben mi marcha razones de partidismo, ni afecciones ni perjuicios , que pueden reducir nuestro volumen en plena ascensión expansiva”.

“Hemos inaugurado la segunda centuria entre los deslumbramientos y esplendores del pueblos de mayo, que ha sabido acreditar ante el mundo la potencia de la raza, la unidad de sus vigorías complejas y más que todo, la vibraciones sensibles del alma nacional, que se ha revelado, que se ha impuesto con el atavismo ingénito de su orígenes gloriosos perseveremos en aquel estado de alma, que no debe ser efímero y que no solo ha de mirar al pasado para honrarlo, sino también al porvenir para llenarlo con deberes” Roque Sáenz Peña, ob. cit., Tomo II, pp.43 - 45

Con la contundente crítica a la doctrina Monroe, plasmada en *Los Estados Unidos en Sud América*, Sáenz Peña posicionó a los estados latinoamericanos como una futura unidad y a la República Argentina ejerciendo el ansiado liderazgo. Preconizó una “Liga latina-americana”, con el consabido cuño hispanista y

“que se percibe fecunda y provechosa en los acontecimientos del futuro; ella fue, sin duda, peligrosa para nuestras repúblicas amorfa, en los días dudosos en que fue concebida por Bolívar; pero no lo será en el porvenir, como no lo sería hoy mismo, definida como está la soberanía de las naciones, sobre la base de un respeto recíproco. Dentro de esos organismos, cabe políticamente la unidad de destinos y de pensamiento, como cabe la solidaridad de los principios que deben defender las naciones de este continente, ya que un derecho de gentes especial aspira a presidir su evolución”²¹.

Roque Sáenz Peña pensó una integración para nuestra América. Con la estrategia de la unión se debía desafiar la voluntad imperialista de los EEUU que se cernía sobre el continente. El Centenario se convertía así en un símbolo paradigmático: la emancipación de las repúblicas iberoamericanas debía protegerse de un nuevo poder que iba ascendiendo, pero que encontraba a naciones fuertes, interlocutoras en pie de igualdad, vinculadas al mercado mundial, unidas por una idea de raza hispana que conformaría una identidad común. Era un hito simbólico de entrada al concierto de las naciones.

Consideraciones finales

Hoy, hacia el Bicentenario tenemos que repensar la emancipación y sin dudas, esto significa abordar de forma definitiva y madura el tema de la integración de las repúblicas latinoamericanas. La posición hispanista de Sáenz Peña en nuestros días no presenta la flexibilidad identitaria, legítima, inclusiva, multicultural. América Latina es mestiza y está conformada por préstamos, copias, resignificaciones, imposiciones que nos obliga a valorar la heterogeneidad y lograr entender nuestra particular forma de pensarnos occidentales que tenemos los iberoamericanos.²²

²¹ Roque Sáenz Peña, ob. cit., Tomo I, pp. 424 y 425.

²² Cf. A. Uslar Pietri, “Cultura y Política” en *Cultura y Sociedad en América Latina*, Parí, UNESCO, 1981: 131-146.

El Bicentenario reclama una América que imponga lo mestizo, que está en la gente y en la cultura, como medida valiosa e intrínseca de una idea de unidad. Darle nuevo significado a ese concepto de raza que servía a Roque Sáenz Peña para pensar Hispanoamérica, significa, parafraseando a Leopoldo Zea, realizar la integración sin renunciar a lo que se es para ser otra cosa, pues se puede acrecentar el propio ser, ser lo otro sin dejar de ser uno mismo²³.

La integración es proyección pero también es estrategia: la arremetida imperialista de los EEUU sobre todo el mundo y en especial sobre nuestro continente se realiza desde todas las estructuras. Refundar Latinoamérica es cristalizar proyectos y antagonismos comunes, identificar problemas transversales y, es lograr identificación en lo cultural, espacial, económico y por que no, en lo filosófico. La idea de liderazgo que flotaba en el Centenario debe ser revisada en pos de la unión horizontal y deliberativa de las naciones americanas.

Debe ser un reencuentro en la autoconciencia de una identidad continental, y es ahí donde proyectos como el de Roque Sáenz Peña ahondan en una, -aunque sólo en una- de las dimensiones identitarias históricas: la hispanidad. No obstante, visiones como esta ayudan a comprender la mixtura y nos proyectan con continuidad como una de las maneras de resistir al mercado mundial y aculturizador, que mira aún a Latinoamérica como una región bajo continua tutela.

El dominicano Pedro Henríquez Ureña afirmaba que América Latina tiene caracteres parecidos. Los siglos de vida colonial le han dado rasgos afines que también la distinguen aún hoy "La unidad de su historia, la unidad de propósitos en la vida política y en la intelectual hacen de nuestra América una magna patria, una agrupación de pueblos destinados a unirse cada día más y más".²⁴

Hacia el Centenario el examen de los rasgos identitarios fue funcional a un contexto que necesitaba de manera urgente, frente a la escalada norteamericana, construir una identidad continental propia. Dicha construcción se realizó sobre pilares imbricados en la época, que ignoraron de manera consciente y convencida las aristas basales de identidad constituidas por los elementos genuinos, los pueblos indígenas y los excluidos política y económicamente de los proyectos

²³ L. Zea, *Nuestra América frente al panamericanismo y al hispanismo*, en *América Latina: Historia y Destino*, tomo II, p. 287.

²⁴ Pedro Henríquez Ureña, "La utopía de América", en *Plenitud de América*, Bs.As., Peña, Del Giudice-editores, 1952, p. 14.

modernizadores de este trayecto histórico. Es menester resaltarlos porque en el presente la integración debe realizarse teniendo en cuenta todos los elementos étnicos americanos, que son hoy quienes más hacen sentir las voces de la unión.

Integrar sin oblaciones de ningún tipo se constituye en la premisa fundamental, integrar concientizados en la unión, respetando la diversidad, integrar como estrategia de desarrollo. Refundar las independencias para consolidar la emancipación, exige la edificación de proyectos nacionales que dirijan su mirada al continente.

La Argentina de Roque Sáenz Peña que atravesó el Centenario fue rica, la del Bicentenario deberá ser justa.

El liberalismo historiográfico argentino teorizado por los intelectuales de la “Academia de Filosofía y Letras”, 1890-1920

Adriana Eberle

Dpto. Hum. - UNS, Bahía Blanca

1. Introducción

De un tiempo a esta parte los historiadores nos hemos visto convocados a reconstruir el clima intelectual de diferentes momentos, clima intelectual que habla no sólo de las búsquedas de un grupo sino que impregna en mayor o menor medida, todos los ámbitos de la vida nacional. En este sentido, hacia fines del siglo XIX, se fueron constituyendo en distintos ámbitos de estudio, círculos de discusión entre intelectuales que hicieron suyo el debate del momento, en concreto la adopción del positivismo académico¹. Al respecto, quienes se adscribieron a él, lo hicieron con fuerza y convencimiento, de igual modo que aquellos que lo cuestionaron hasta con dureza; sin embargo, estos intelectuales compartían idénticos postulados políticos, manifestaban su adhesión al modelo nacional imperante (incluso participando de la función pública²) y adherían a la necesidad de componer una identidad propia en función de la historia particular y de los valores enraizados en ella. En este peculiar ambiente, ubicaremos la aparición en escena de la Academia de Filosofía y Letras, en el seno de la Universidad de Buenos Aires. Nos parece por de más sugerente adentrarnos en los comienzos del siglo XX pues entendemos que marcaron profundamente el quehacer intelectual argentino, y, sobre todo el histórico. Es inspirador que –provinando todos de distintos campos de las ciencias humanas–

¹ Recomendamos la lectura del siempre sugerente trabajo compilado por Hugo Biagini, *El movimiento positivista argentino*, Buenos Aires, Belgrano, 1985, a efectos de lograr una completa aproximación al fenómeno positivista en la Argentina.

² Los intelectuales en cuestión no sólo se incorporaron al ámbito académico sino también a diferentes sectores del poder político, participando en forma directa en ministerios, secretarías de Estado, Cámara de Diputados y Senadores de la Nación, realizando misiones oficiales en Europa como diplomáticos o enviados especiales, circunstancia ésta que avala nuestra afirmación de que compartieron sólidamente el modelo político que defendieron a lo largo de toda su vida pública.

coincidieran en superar, complementar y perfeccionar la herencia positivista, dando como resultado una experiencia historiográfica enriquecida y profunda que dista bastante de aquélla “lineal, fáctica y severamente documentada” con que siempre se ha intentado desmerecer a la llamada escuela liberal³.

Nuestra propuesta entonces es presentar la Academia como un espacio privilegiado del quehacer histórico en la primera década del siglo XX, ahondar en su

³ En el campo bibliográfico es habitual encontrarnos con que la historiografía liberal no aparece definida y caracterizada por autores pertenecientes a ella sino por la definición en oposición que hacen los autores enrolados en el revisionismo. En general la historiografía liberal es vista como una propuesta de lectura del pasado con una perspectiva lineal, fáctica, minuciosa y rigurosa, plagada de documentación y referencias, inspirada sólo en hechos políticos, institucionales y militares, respondiendo a un panteón de héroes y antihéroes y con una finalidad pedagógico-identitaria. Al respecto sugerimos la consulta de Norberto Galasso, *La larga lucha de los argentinos*, Buenos Aires, Ediciones del Pensamiento Nacional, 1995; Arturo Jauretche, *Política nacional y revisionismo histórico*, Buenos Aires, Peña Lillo, 1970; José María Rosa, *Historia del revisionismo y otros ensayos*, Buenos Aires, Merlín, 1968; Daniel Campione, *Argentina. La escritura de su historia*, Buenos Aires, Centro Cultural de la Cooperación, 2002; entre otros. Desde una lectura particular, debemos mencionar la obra clásica de Alberto Plá, *Ideología y método en la historiografía argentina*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1972, en que el autor identifica como “historiografía tradicional” tanto al liberalismo como al revisionismo, ubicándose a si mismo como un historiador innovador que responde a la adopción plena del marxismo. Con la intención de complementar enfoques, desde una visión más moderada del pasado nacional, mencionemos la obra de Natalio Botana, *La libertad política y su historia*, Buenos Aires, Sudamericana, 1991; Tulio Halperín Donghi, *Ensayos de historiografía*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1996; Diana Quattrocchi-Woisson, *Los males de la memoria*, Buenos Aires, Emecé, 1995; León Pomer, *La construcción de los héroes: imaginario y nación*, Buenos Aires, Leviatán, 2005; Alejandro Cattaruzza, *Los usos del pasado. La historia y la política argentinas en discusión, 1910-1945*, Buenos Aires, Sudamericana, 2007; y Juan José Sebreli, *Crítica de las ideas políticas argentinas*, Buenos Aires, Sudamericana, 2003. Si bien esta bibliografía es sucinta, creemos que permitirá al lector acercarse a una caracterización de los modos en que ha sido abordado el pasado por parte de los historiadores argentinos. En nuestro caso, entendemos que la historiografía liberal ha sido desmerecida por parte del conjunto de historiadores revisionistas ya que -a partir de la lectura de individualidades más o menos destacadas en el abanico académico nacional- hemos podido encontrar una real complejización del abordaje liberal, complejización que lejos de opacarlo al liberalismo, lo enriquece y lo revitaliza.

concepción de la historia apuntando a destacar los puntos de coincidencia, y sobre todo indagar su preocupación compartida por la cuestión identitaria, acercarse a una concepción de Patria como idea/imagen vertebradora de un modelo cultural argentino en el más amplio sentido del término y en momentos en que el país se aproximaba al Primer Centenario.

Para la realización del presente trabajo nos detendremos en las obras de los miembros de la Academia⁴, obras que no siempre se ocuparon de lo histórico con especificidad pero que implícitamente contienen referencias a la concepción que cada uno elaborase sobre su aproximación al pasado; no desestimaremos la publicación oficial de la Academia y los artículos y comentarios que nuestros intelectuales publicasen en otros medios de difusión como periódicos, revistas o discursos oficiales.

⁴ Las obras que consultamos corresponden a las siguientes ediciones: **Joaquín Víctor González**, *La tradición nacional*, Buenos Aires, Hachette, 1957 (primera edición, 1888); *Patria*, en *Obras Completas*, Buenos Aires, Congreso de la Nación, 1936, vol. XIX (primera edición, 1900); *El juicio del siglo*, en *Obras Completas*, ob. cit., vol. XXI (primera edición, 1913); *La Patria blanca*, Buenos Aires, L. J. Rosso, 1931 (escrito en 1920); *Mitre*, Buenos Aires, El Ateneo, 1931 (escrito en 1921); *Meditaciones históricas*, en *Obras Completas*, op cit., vol. XXII (escrito en 1921); **Norberto Piñero**, *Sobre educación e instrucción*, Buenos Aires, Jesús Menéndez Editor, 1927; **José Nicolás Matienzo**, *El Gobierno representativo federal en la República Argentina*, Madrid, Editorial América, 1925; y *Nuevos temas políticos e históricos*, Buenos Aires, Editorial La Facultad, 1928; **Rodolfo Rivarola**, *Ensayos históricos*, Buenos Aires, Editora Coni, 1941; **Juan Agustín García**, *Introducción al Estudio de las Ciencias Sociales* (primera edición 1899) en *Obras Completas*, Buenos Aires, Antonio Zamora, 1945; *Paul Groussac* (primera edición 1903), en *Ibid.*; *La Ciudad Indiana* (primera edición 1901), Buenos Aires, Hyspamérica, 1987; *Nuestra Incultura*, Buenos Aires, Editorial Claridad, 1922; **José María Ramos Mejía**, *Las multitudes argentinas*, Buenos Aires, Talleres Gráficos Rosso, 1934; y *Las neurosis de los hombres célebres en la historia argentina*, Buenos Aires, Ed. Científica y literaria argentina, 1927; y **Carlos Octavio Bunge**, *Estudios Pedagógicos*, Madrid, Espasa Calpe, 1927; *La Educación* (primera edición, 1901), tratado general de Pedagogía, Madrid, Espasa Calpe, 1928, t. 1 y 2; *Sarmiento, estudio biográfico y crítico* (primera edición, 1910) Madrid, Espasa Calpe, 1926; *Estudios jurídicos* (primera edición, 1905), Madrid, Espasa Calpe, 1926; *Historia del Derecho Argentino* (primera edición, 1912), Madrid, Espasa Calpe, 1930, 2 t.; *Nuestra América* (primera edición, 1903), Buenos Aires, Casa Vaccaro, 1918; y *Nuestra Patria*, Buenos Aires, Estrada, 1910, primera edición.

Por la extensión propuesta a esta ponencia no nos será posible detenernos en las biografías de los intelectuales que formaron parte de la Academia, sólo indicaremos aquellos caracteres comunes que -por lo mismo- los identifican, individualizan y consolidan como grupo intelectual y parte constitutiva y activa de la clase dirigente. Por lo mismo, al momento de construir su visión de la historia nos veremos llamados sólo a mencionar, sin profundizar, algunos elementos que serán con seguridad motivo de otras investigaciones. Por último, si bien hemos hallado trabajos parciales sobre los escritores que nos ocupan, los mismos se orientan a exposiciones biográficas o caracterizaciones de su obra, sin ahondar en nuestra propuesta que es precisamente identificar a los miembros de la Academia como grupo intelectual con afinidades e ideas comunes. Por lo mismo, los aciertos y desaciertos son de nuestra exclusiva responsabilidad.

2. A propósito de la Academia y sus miembros.

En el ambiente universitario argentino, y desde el momento de la sanción de la ley que organizó las universidades en 1885, se establecieron –siguiendo las pautas de ésta-, las llamadas “academias de la Universidad”: cada academia era una “corporación de veinticinco miembros”⁵; se estableció una por facultad y para ser elegido miembro (cargo por otra parte vitalicio) era menester ser parte del consejo directivo de la unidad académica, o profesor con por lo menos diez años de antigüedad o haberse destacado por su producción científica. Entre las atribuciones se contaban estudiar cuestiones de carácter científico como también evacuar consultas de ese orden, analizar los planes de estudio y actuar como órgano consultivo de los consejos en ese sentido, seguir la marcha de la enseñanza y designar sus miembros en distintas categorías (activos, honorarios y corresponsales). Asimismo los miembros formaban parte de tribunales de exámenes y dictaminaban en los concursos.

El caso que nos ocupa, la Academia de Filosofía y Letras, se constituyó como tal en julio de 1909 siendo su primer presidente Vicente Quesada⁶. Si bien la

⁵ *Anales de la Academia de Filosofía y Letras*, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 1910, t. 1, p. VI.

⁶ Los miembros de la primera academia fueron: Vicente Quesada (presidente), Rafael Obligado (vicepresidente primero), Juan Agustín García (vicepresidente segundo), y vocales, Joaquín Víctor González, Ernesto Weigel Muñoz, Francisco L. García, Rodolfo Rivarola,

composición de la Academia era heterogénea, pues abarcaba desde la filosofía a la literatura, pasando por la estética, la antropología, la historia y la geografía, entendidas la filosofía y la historia como “ciencias”. En general, creemos que los académicos se dedicaron a la labor intelectual sin preocuparse mucho por los límites de los campos que estudiaban, esto es, se abocaron a un problema o cuestión y escribieron sin inquietarse si rozaban la filosofía, la psicología, la antropología, la historia o las llamadas “ciencias experimentales”... Asimismo, la mayoría de ellos ensayaron experiencias literarias, y si bien sus obras no alcanzaron trascendencia estética, las mismas no dejaron de ser coherentes con el espíritu esencial que inspiró a todos los miembros de la Academia⁷.

Desde el quehacer historiográfico, sin embargo, la repercusión de los académicos fue relevante, y nos animamos a afirmar, fundamental para el desarrollo de los estudios históricos posteriores. En este sentido es el historiador Emilio Ravignani quien rememoró la intención de establecer la Facultad de Filosofía y Letras en 1888 en la Universidad de Buenos Aires, y que “el criterio utilitario de la época se oponía repitiendo la tan conocida frase: *¿para qué sirve eso?...?*”⁸. Recién en 1896 logró reunirse el primer consejo académico⁹. La mayoría de los miembros –si bien habían destacándose en la función pública como se dijo- tenían experiencia ganada en la

Norberto Piñero, José Nicolás Matienzo, Samuel Lafone Quevedo, José María Ramos Mejía, Roque Sáenz Peña, Luis María Drago, Juan A. Argerich, Ramón J. Cárcano, Clemente Fregeiro, Manuel Montes de Oca, Calixto Oyuela, David Peña, Enrique Rivarola, Angel Gallardo y Florentino Ameghino.

⁷ Ponemos el ejemplo de Carlos Octavio Bunge quien escribió *La novela de la sangre*, publicada en 1903 y en la que el autor presentó un relato de ficción centrado en la relación amorosa entre dos jóvenes porteños en tiempos de la gobernación de Rosas; a lo largo de sus páginas sintetizó las venturas y desventuras de los dos amantes durante el rosismo y hasta el triunfo de la felicidad de ambos tras la batalla de Caseros. Obviamente todo el planteo se orientó a descalificar la época del gobernador bonaerense fundándose en la interpretación de la historiografía liberal de fines del siglo XIX.

⁸ Emilio Ravignani, Advertencia a Rodolfo Rivarola, *Ensayos históricos*, Buenos Aires, Coni, 1941, p. V.

⁹ El primer consejo estaba integrado por Carlos Pellegrini, Ernesto Weigel Muñoz, Norberto Piñero, Lorenzo Anadón, Francisco Garía, Indalecio Gómez, Rafael Obligado y Joaquín Víctor González. De ese primer consejo, de ocho miembros, cuatro de ellos pertenecieron a la Academia: Weigel Muñoz, Piñero, Obligado y González.

docencia secundaria y, siguiendo a Ravignani, “el contenido de su saber era producto de su vocación autodidacta...” y, a un tiempo, inspirados todos en un arrebato renovador del conocimiento, reaccionando a un tiempo a la hostilidad del clima cultural positivista y al modo de hacer la historia nacional. Así la historia nacional dejó de ser vista por este grupo como una presentación unilineal de hechos, preferentemente políticos, militares e institucionales, profusamente documentada, y fue puesta al día a partir de la instauración de una visión complejizada que propuso simultáneamente la selección de hechos desde una hipótesis, el contacto disciplinar, la identificación de nuevos actores y factores actuando e incidiendo en el tiempo, y la posibilidad de acceder al conocimiento de tiempos recientes. Y si bien manifestaron su completa adhesión a los trabajos documentados –como requisito inexcusable para afirmar la seriedad de la propuesta- buscaron con ahínco nuevas perspectivas de análisis sobre todo enfocándose a los planteos sociales, constitucionales y hasta ideológicos, pues en general los autores enrolados en la Academia adhirieron a la posibilidad de identificar “*ideas fuerzas*” en el proceso histórico, ideas fuerzas a las cuales adjudicar la causalidad de los hechos con la finalidad de afirmar -por lo mismo- una mirada más amplia sobre el tiempo histórico, anticipándose incluso a lo que luego sería la “larga duración”.

Uno de sus miembros, Norberto Piñero, fue muy explícito al plantear que la Facultad fue fundada “como una exigencia de cultura científica, filosófica y estética, de que el país no podía, ni debía carecer por más tiempo...”¹⁰ Coincidiendo en que el ambiente intelectual porteño le era hostil, pues no se aventuraban ventajas para el progreso intelectual del país, Piñero entendió que sus contemporáneos no habían comprendido la función social del novel centro cultural, centrado en “la investigación de los orígenes, en el estudio de las sociedades, y, especialmente, de la propia sociedad nacional, en la elaboración del pensamiento filosófico, en la construcción y florecimiento de las ciencias y de las artes argentinas...”¹¹. Y su propósito no fue defraudado pues a mediados de la década de 1920, el mismo autor se congratulaba porque la Facultad había logrado adscribirse a los métodos científicos, diseminado cultura y constituido un grupo humano entusiasmado por el saber en el que se interrelacionaban “profesores, académicos, alumnos y público”.

¹⁰Norberto Piñero, *Sobre educación e instrucción*, Buenos Aires, Jesús Menéndez editor, 1927, p. 68.

¹¹ *Ibíd.*, p. 69.

Centremos entonces nuestro análisis en la compartida concepción de la historia que pudimos reconstruir a partir de la lectura de la obra de los principales miembros de la Academia.

3. Intentando dar respuesta a “*para qué sirve*”?

Como anticipamos, los intelectuales que nos ocupan intentaron tomar distancia de lo que entendieron una historia tradicional; si bien todos ellos se habían formado en ella, no como profesionales de la investigación histórica, si como hombres de universidad, creyeron oportuno partir de los conocimientos adquiridos y reformularlos a partir de los nuevos “criterios científicos”. Sin duda fue relevante el impacto que produjo la adopción del positivismo en los estudios históricos pero lo interesante de nuestro grupo es que si bien adhirieron a él no se quedaron en la llana e improductiva imitación, sino que se propusieron una auténtica redefinición de la historia nacional, tomando todo lo que creyeron válido de la “antigua escuela” y exponiéndolo en clave científica moderna, siendo a un tiempo historiador, sociólogo, psicólogo si fuese necesario para reconstruir lo más acabadamente posible el proceso histórico del país. Creemos oportuno citar los argumentos de José Nicolás Matienzo:

“Los antiguos historiadores, entre los que comprendo muchos contemporáneos que siguen ignorando los principios y métodos científicos, se han complacido siempre en la **descripción** del hecho **individual**, de las hazañas heroicas, de las atrocidades de los tiranos, de las generosidades de los déspotas buenos, de las plagas, de las inundaciones, de las batallas; en una palabra, de todo lo que, por ser **accidental**, atrae la atención del observador vulgar”¹².

He ahí planteado en la cita los tres puntos clave de la nueva manera de entender la historia: frente al modo tradicional que privilegiaba la descripción, lo individual y lo accidental, la renovada Academia postuló la explicación/comprensión, lo colectivo y lo permanente. Y continuemos con Matienzo,

¹² José Nicolás Matienzo, *El gobierno representativo federal en la República Argentina*, Madrid, Ed América, 1917, p. 10. El destacado nos pertenece.

“Así como el biólogo observa los fenómenos de la vida, los compara, marca sus semejanzas y diferencias, los clarifica, anota las circunstancias en que se presentan o modifican y formula las leyes generales de su aparición y desarrollo, del mismo modo debe proceder el sociólogo al estudiar los fenómenos políticos”¹³.

Por lo expuesto entonces, la historia no debía convertirse en una declamación abstracta, sino que era el resultado de hechos reales y concretos, con actores reales y concretos en coyunturas reales y concretas, que daban como resultado la comprensión de los móviles íntimos de esos actores, la identificación de variables de disímil índole que incidieron sobre esos mismos actores, tanto endógenas al proceso nacional como exógenas. En este sentido, Rodolfo Rivarola se permitió comparar estudios históricos con el teatro y la novela, y al respecto entendió que si bien estas dos construcciones culturales eran reales en tanto y en cuanto creaban realidad y a veces aludían a hechos reales, sin embargo no dejaban de ser ficciones porque hablaban de hechos que no habían ocurrido en verdad, no se correspondían con la realidad. Y éste era el compromiso del historiador, es decir, “al sentirnos atraídos por la historia nos dominan anhelos de verdad. Nos acompañan a la vez convencimiento y fe en que todo tiene explicación en algo que le precede y en algo que coexiste. Queremos representación de los hechos pasados que correspondan a la realidad de lo ocurrido... Pero intentamos -continúa Rivarola- agregar lo que no se ve... No nos basta decir exactamente lo ocurrido; queremos saber cómo y por qué ocurrió...”¹⁴.

En este sentido entonces, muchos hechos –por ejemplo, las imperfecciones en el funcionamiento de los poderes del Estado- no serían resultado de la responsabilidad individual de un funcionario sino la consecuencia de una deficiencia cultural común a todo conjunto social. Y más si era factible la realización de estudios comparados entre los procesos de distintas naciones que compartían un sustrato cultural-ideológico común.

Por lo expuesto, la búsqueda de nuestros intelectuales –provenientes como se dijo en su mayoría del campo del Derecho- fue la identificación de ideas-fuerzas que

¹³ *Ibíd.*, p. 11.

¹⁴ Rodolfo Rivarola, *Ensayos históricos*, ob.cit., p. 272.

estructuraban el proceso histórico nacional en todos sus campos, y decidían las acciones individuales y colectivas. E insistió Matienzo

“Lo que hace falta es el estudio científico de las *grandes fuerzas* que mueven la sociedad argentina y a este fin es indispensable escrudinar serena y pacientemente las causas y los efectos de las revoluciones ocurridas en el país”¹⁵.

En idéntico sentido se manifestó Carlos Bunge, quien sostuvo que “no podemos conocer el presente sino por el pasado”¹⁶, o lo que es lo mismo, admitir que toda manifestación del hombre era producto de una evolución que el científico debía intentar reconstruir y sintetizar. Ese proceso de individuación llevaría al historiador a la identificación en cada pueblo, en cada edad, de un alma que se materializase en sus artes, filosofía, costumbres, instituciones, etc., o sea, un alma que entrañase “**las más trascendentales ideas fuerzas sociales**”¹⁷ que se resumirían en la **idea madre de la época**. Y advirtió que, por difusos que fuesen los hechos, siempre habría elementos que permitiesen adscribirlos a las ideas madres. Del mismo modo el historiador debía, luego de identificar las ideas madres, descubrir sus concatenaciones en el tiempo y explicar la producción de esas ideas en función de antecedentes económicos, psicológicos y sociológicos. Entendida entonces la historia como una ciencia llamada a exponer las ideas fundamentales de cada época (distinguidas esas ideas como vertebradoras de todas las demás manifestaciones de la vida humana individual y colectiva), para Bunge sólo era factible seguir el método *expositivo* “que he llamado *psicosociológico*, por cuanto describe y estudia, más que las formas externas, la psicología de las sociedades, de las cuales son aquéllas nombres y símbolos... Y si el método *psicosociológico* es el más conveniente, a mi juicio, para obras de síntesis, pienso que para exposiciones in extenso convendría uno *mixto*, en el que se alternase el análisis *psicosociológico* con la crítica literaria...”¹⁸.

Concebida así, la historia auténtica estaba por escribirse, ya que como sostuvo Rivarola, su búsqueda se orientó a la “creación fantasista de pretendidos cuadros con

¹⁵ José Nicolás Matienzo, *Nuevos temas políticos e históricos*, Buenos Aires, La Facultad, 1928, p. 286. El destacado nos pertenece.

¹⁶ Carlos Octavio Bunge, *La Educación*, ob. cit., p. 3.

¹⁷ *Ibíd.*, p. 4, el destacado pertenece al autor.

¹⁸ *Ibíd.*, p. 6, el destacado pertenece al autor.

coloridos artísticos, que pueden resultar contrarios a la verdad”, sino realizar una historia aún no abordada.¹⁹ Por lo mismo no sería función de la historia, juzgar, absolver o condenar, sino *explicar*. Coincidieron nuestros intelectuales en que si los hechos respondían a distintas causas, reclamando la necesidad de aceptar la **complejidad causal**²⁰, sin excluir por cierto al hombre, actor y sujeto a un tiempo de los hechos como individuo, pero también expresión de toda la humanidad, o al menos, de un colectivo nacional²¹. Echando una rápida mirada sobre sus contemporáneos, Juan Agustín García entendió que la mayoría de los historiadores y escritores de su tiempo –como continuadores de la “escuela de Mitre”²² por temas y métodos, concebía la historia como una única “cadena” donde las cosas y los hombres se eslabonaban desde las épocas remotas a la actualidad. Obviamente, y sin desmerecer la obra de Mitre a la que García justificó en otros párrafos²³, ese enfoque le pareció lineal y simplista, fundado en exclusividad en el empirismo, esto es, “las cosas son porque son”, estables y ajenas a cualquier influencia o mutación a menos que se originen fuera del ser humano; por lo mismo, los temas recurrentes eran guerras, biografías, instituciones y “en general predomina la sana objetividad, y la monografía es monótona, oscura, muerta...”²⁴ a menos que se tratase de Juan Manuel de Rosas, por ejemplo. En esa instancia el historiador asumía el rol de juez. Sin embargo, sentenció nuestro escritor:

“La historia no juzga, **reconstruye**, **resucita** y **explica** el devenir de los hombres y de los sucesos. La sentencia puede venir como un apéndice, un

¹⁹ Rodolfo Rivarola, *Ensayos históricos*, ob.cit., p. 145.

²⁰ *Ibíd.*, p. 477.

²¹ En este sentido recordemos los argumentos de Joaquín V. González, cuando sostuvo que era la unidad de valores y creencias la que daba carácter propio e íntimo a la Patria, distinguiéndola así de otras naciones pero coincidiendo con éstas en sus contenidos de humanidad y vocación universal a la justicia, la paz, la verdad, la libertad. Así la historia debía exponer esos puntos de contacto entre la propia patria y los elementos comunes a todas las patrias. Lo individual y propio alcanzaba a confraternizar con lo común de la vida social de las distintas naciones, es decir los principios de “una sociedad organizada, educada, dotada de un alma, un sentido o conciencia comunes, que le han hecho capaz de una inspiración, de una voluntad y de un ideal únicos”; en *La Patria Blanca*, ob. cit., p. 32.

²² Juan Agustín García, *Nuestra incultura*, Buenos Aires, Claridad, 1922, p. 58.

²³ Cf. *Ibíd.*, pp. 58-59.

²⁴ *Ibíd.*, p. 59.

complemento, pero **no es lo esencial**. La ciencia descubre los documentos, los traduce, los critica, establece su sentido correcto y gramatical...”²⁵.

Reconstruir y explicar aparecieron como ejes direccionales de la historia concebida y escrita por los autores de la Academia. De diferentes modos, estos intelectuales fueron dejando en claro que su preocupación no era transmitir hechos tal como habían sucedido, sino indagar y exponer por qué habían acontecido de tal modo, pues la responsabilidad del escritor no saldaba en el momento en que identificaba hechos y actores, sino que debía insistir en su empeño hasta llegar a contemplar casi en un “cara a cara” a los hacedores del pasado. Asimismo, y frente al material documental reunido frente a sí, la primera tarea que debía acometer el escritor consistía en identificar “algún elemento vivo social que predomina e imprime carácter, y explica la marcha del grupo. A su alrededor se teje la historia, se producen los conflictos, las revoluciones o las guerras...”²⁶. Ese elemento **vivo**, por ejemplo, podía ser el Estado, la religión, la idea de libertad o de orden, la familia, el afán económico... y precisamente tal elemento era lo que daba sentido de continuidad a los hechos, lo que permitía al historiador caracterizar la naturaleza del vínculo, o lo que es lo mismo, establecer nexos entre hombres y hechos, a un tiempo que descubría qué le imprime carácter o razón de ser a todo el conjunto social. Desde este punto de vista, estos intelectuales creyeron oportuno ocuparse de temas que superaban lo estrictamente político, para animarse con temas ideológicos, los sentimientos populares, el idioma, la vida cotidiana, las concepciones de Dios, el amor y la vida, entre otros sugerentes e innovadores tópicos²⁷.

En este sentido, ya en 1899, el mismo García había subrayado que la denominadas Ciencias Sociales (recordemos que por entonces empezó a acuñarse esa expresión para diferenciarlas de las ciencias duras o exactas) eran las privilegiadas para analizar las relaciones del hombre en sociedad, pues estos fenómenos tenían “de común su **carácter moral y psicológico**. Como consecuencia

²⁵ *Ibíd.*, p.59. El destacado nos pertenece.

²⁶ *Ibíd.*, p. 61.

²⁷ A propósito consúltense las obras emblemáticas de Juan Agustín García, *La ciudad indiana*, y de Carlos Octavio Bunge, *Nuestra América*.

la base de estudio es el conocimiento profundo, de la materia humana...²⁸. Frente a una historia especulativa y desarraigada de la realidad, postularon una historia afirmada en la realidad pero que se internaba en las fuerzas físicas y espirituales del conjunto social con la finalidad de esclarecer las cualidades generales del mismo, afectado en mayor o menor medida por la conjunción de variables actuantes. Como sus colegas, García aseveró que “todos los acontecimientos son el efecto de la acción de ciertas ideas y sentimientos predominantes de un grupo...”²⁹. Ideas y sentimientos que, a su tiempo, explicarían los errores y aciertos que experimentaba la sociedad en un momento dado. Es sugestivo que destaquemos -en esta instancia de la exposición- que coincidentemente los intelectuales de la Academia adhirieron a la necesidad de identificar la asociación de variables que incidían en el hombre y su grupo social al momento de acontecer un hecho historiable y que de uno u otro modo, incidían y hasta decidían las consecuencias de los hechos. En el discurso de García:

“Por su propia gravitación las ideas se colocan en un orden sistemático adecuado. Al concepto dominador, que resume y dirige el conjunto, siguen los demás; cualidades de raza, factores económicos, religiosos, políticos... sólidamente unidos en el raciocinio como lo están en la realidad, y que convergen al punto céntrico que los atrae con toda la fuerza de la necesidad lógica y por lo mismo los explica”³⁰.

Por su parte, Joaquín V. González supo vislumbrar la complejidad del conocimiento histórico y aportar interesantes reflexiones por demás innovadoras para su época, por su originalidad y por adherir a los nuevos movimientos que buscaban ampliar el espectro de lo histórico más allá de los límites que le imponía la explicación de índole política. Así, los hechos históricos respondían a una multiplicidad de variables y factores, aunque en casos específicos era posible destacar una causa determinante; por ejemplo, “la causa verdadera y única de todas las desgracias nacionales, y de todos los retrocesos sufridos en la marcha progresiva

²⁸ Juan Agustín García, *Introducción al estudio de las ciencias sociales*, en *Obras Completas*, Buenos Aires, Antonio Zamora..., p. 89.

²⁹ Juan Agustín García, *Introducción al estudio...*, ob. cit., p. 91.

³⁰ Juan Agustín García, *Paul Groussac*, en *Obras Completas*, ob. cit., pág. 485. La primera edición de este trabajo de García es aproximadamente de 1903.

que hemos debido seguir” era el espíritu de odio, sin menguar por ello la ocurrencia de otras variables. Y concluyó:

“Nuestro esfuerzo mental debe hacerse para concretar el pensamiento a una sola faz del hecho, ya que no es fácil abarcar el campo del historiador en todos sus aspectos, **geográficos, sociológicos, étnicos, culturales, políticos, económicos**, pues todo esto entra en su intrincada complejidad”³¹.

A los elementos mencionados, debían sumarse las "fuerzas morales", derivadas de la razón y el sentimiento que venían a complejizar y, a la vez, enriquecer más la visión de los hombres del presente hacia el pasado. En este juego de la multiplicidad de variables uno de los elementos intervinientes en la realidad histórica que más examinaron los escritores de la Academia fue el de índole psicológica, es decir, aquellos que poseyendo atisbos morales o intelectuales, permitían acceder al conocimiento de móviles ocultos, de razones que en apariencia eran incomprensibles. En este sentido, se enmarca la obra de José María Ramos Mejía quien al elemento psicológico combinó cuestiones de naturaleza étnica y factores hereditarios los que acoplados imprimían definitivamente carácter a individuos y grupos sociales.

“No hay duda -insistió Ramos Mejía- que ciertos caracteres psicológicos y aun físicos se fijan por medio de la herencia no sólo en una familia sino también en un pueblo, puesto que es un organismo análogo al organismo humano”³².

En idéntico sentido se manifestó Norberto Piñero insistiendo en que además de la multiplicidad de variables que operaban en las coyunturas históricas, había que considerar los elementos propios y exclusivos, generales y comunes a todo el Continente americano, línea en la que se enrolaron también, y a su tiempo, Carlos Octavio Bunge y Juan Agustín García. Y Piñero aconsejó a los historiadores que contemplasen todos los factores:

³¹ Joaquín Víctor González, *Meditaciones históricas...*, op cit., pág. 155, el destacado nos pertenece.

³² José María Ramos Mejía, *Las neurosis de los hombres célebres en la historia argentina*, Buenos Aires, Ed. Científica y literaria argentina, 1927, p. 64.

“Proviene de los antecedentes, las condiciones geográficas, la población, el modo de crecimiento, la cultura, el estado social y político, distintos de esos pueblos...”³³.

Y esos pueblos ameritaban el estudio de los fundadores de las naciones americanas, los problemas políticos, las manifestaciones culturales de la vida individual y colectiva, el pensamiento y el sentimiento sin desestimar ninguno de los conflictos de la realidad nacional, fuesen sociales, literarios, filosóficos, éticos o estéticos, pero siempre respetando métodos y fines científicos, como ya se dijo. Ahondando su posición, exhortó a otra aventura intelectual: así, a los elementos generales de la humanidad (descubrimientos, inventos, libros, teorías científicas y artísticas, ejemplos de virtud y de vicios; gustos, modas y refinamientos) que habían llegado por imitación y alterado -a su tiempo- el modo de ser nacional, había que conciliarle los rasgos característicos de la argentinidad, con la salvedad que ésta aún no era un “todo homogéneo”. Cuanto venimos apuntando bien puede ejemplificarse con la interpretación original que realizó un miembro de la Academia, Antonio Dellepiane, del Himno Nacional Argentino. Así, en el esquema de su obra, lo más importante fue contextualizar el momento en que fue elaborado intentando “desentrañar y poner en evidencia su espíritu, su oculto sentido superior...”³⁴, como también las ideas y valores del autor, los propósitos al componerlo, las razones de su inmediata popularidad y el contenido ideológico de sus versos. Sin embargo, Dellepiane no se detuvo y avanzó aun más indicando que todo historiador que se precie de tal debía -asimismo- reconstruir el “ambiente emocional”, el carácter del autor, la finalidad de su inspiración, la caracterización literaria del himno como canto patriótico y no como marcha guerrera... Y así concluyó nuestro autor

“Los himnos y las banderas nacionales no nacen artificialmente, ni se imponen por leyes o decretos gubernativos. Producto y reflejo del alma colectiva, se forman a raíz de grandes movimientos de opinión, producidos por hechos históricos de importancia considerable, una revolución, un cambio de forma de gobierno...”³⁵.

³³ Norberto Piñero, *Sobre educación e instrucción*, Buenos Aires, Jesús Menéndez editor, 1927, p. 90.

³⁴ Antonio Dellepiane, *Estudios de historia y arte argentinos*, Buenos Aires, El Ateneo, 1929, p. 126 ss.

³⁵ *Ibíd.*, p. 143.

4. Reflexiones finales

Las páginas precedentes han tenido como finalidad invitar a los colegas historiadores a una reflexión serena y desapasionada de la historiografía liberal a instancias de evaluar positivamente la trascendencia de aquellos representantes que alcanzaron menor trascendencia que las figuras epónimas de la corriente, pero no por ello menos comprometidos con la conservación de la memoria. Por lo mismo, son considerables los interrogantes y sugerencias que la problemática nos ha dejado y que no nos ha sido viable indagar por los límites impuestos a la presente ponencia. En este sentido y tomando una apreciable distancia respecto a los fundadores del liberalismo historiográfico argentino, subrayamos la preocupación de nuestros autores por indagar el pasado reciente, los tiempos cercanos, principalmente en problemáticas poco o nada abordadas por entonces como la guerra del Paraguay o las encrucijadas políticas de las últimas décadas del siglo XIX. En el mismo orden de revisión, los intelectuales que nos ocuparon asumieron una posición definida en relación a temas complejos y que aun despiertan debate, como los héroes y la necesidad de conformar un ritual apropiado para atesorar su recuerdo, como asimismo frente a la urgencia por incorporar nuevos actores sociales a partir de los cuales comprender y complejizar su lectura del pasado. Sin embargo, creemos también significativo destacar que nos resta insistir en el examen de aquellas instancias que los definieron fuertemente como liberales, más allá de la interpretación de los hechos y la perspectiva teórica-metodológica. Nos referimos a su reincidencia en que la historia tenía una función educadora y pedagógica como maestra de ciudadanos, a un tiempo que animaba y sostenía el amor a la Patria.

Insistimos que los intelectuales de la Academia fueron conscientes de las dificultades que entrañaba comprender una época, acercarse a la verdad, construir un hecho, a la vez que reaccionaron con fuerza hacia sus contemporáneos que –a su entender– demostraban nulo espíritu crítico, ignorando la duda y carentes de la actitud propia del científico que indaga y verifica. Como diría Juan Agustín García, “el conocimiento completo se obtiene por el análisis de los fenómenos, estudiados con prolijidad y con amor...”³⁶ porque al fin y al cabo, y siguiendo al mismo

³⁶ Juan Agustín García, *Paul Groussac*, en ob. cit, p. 504.

García, “la historia es una época o un hombre reflejado al través del temperamento de un escritor...”³⁷ Como intelectuales, y mirando a aquellos a quienes cupo reflexionar el primer centenario, agucemos nuestra mirada sobre toda manifestación humana, y sin alejarnos de las perspectivas científicas, seamos capaces de hacer una lectura de los doscientos años de la independencia de nuestras naciones conscientes de que empeñaremos en ello un esfuerzo persistente.

“Trabajar por la ciencia y por el arte, es un noble propósito y constituye un programa seductor”³⁸. Dejémonos entonces seducir...

³⁷ Juan Agustín García, *Nuestra Incultura*, ob. cit., p. 57.

³⁸ Norberto Piñero, ob. cit., p. 112.